

LA NUEVA HISTORIA POLÍTICA DE LA EDUCACIÓN

The new political history of education

Juan Manuel FERNÁNDEZ SORIA
Universitat de València

Fecha de aceptación de originales: noviembre de 2006
Biblid. [0212-0267 (2006) 25; 71-103]

RESUMEN: La historia política, tras haber superado el descrédito en que la sumió la *nouvelle histoire* de los *Annales*, y después de haber realizado una profunda transformación conceptual, se ha convertido en uno de los ejes centrales del debate historiográfico actual. Enraizada en el retorno del sujeto, del acontecimiento y de «lo político», ensalzando lo subjetivo y el acto libre y no determinado del ser humano, la nueva historia política expande su campo de acción para ocuparse de las relaciones de poder. Esto la convierte en ciencia-enrucijada en la que confluye lo político, lo económico, lo mental, lo cultural... Su acceso al conocimiento histórico tiene lugar por caminos renovados que ofrecen grandes posibilidades a la historia de la educación: la biografía —tanto de las grandes figuras como de la gente corriente—, la historia de la vida cotidiana, la memoria y la cultura política, entendida ésta como el conjunto de representaciones en el que se reconoce un grupo humano. Estos nuevos caminos de análisis proporcionan a la nueva historia política de la educación un extenso campo temático que se completa con el estudio de viejos temas renovados, entre ellos la historia de las ideas políticas, de los intelectuales y de las instituciones, especialmente el Estado.

PALABRAS CLAVE: Historia política, historia de la educación, biografía, cultura política, historia de la vida cotidiana, memoria e historia, historia de las ideas políticas, historia de las instituciones políticas, historia de los intelectuales, nueva historia política de la educación.

ABSTRACT: The political history, after over putting itself to the discredit provoked by the *nouvelle histoire* of the *Annales*, and after accomplishing an intense conceptual transformation, has been converted into one of the central subject of the actual historiographical debate. Basing itself in the importance of the subject, events and political facts, and exalting at the same time, subjectivity and the free and undetermined acts of human being, the new political history expands its field of action toward other themes such as the relationships of power. In this way, political, economical, cultural and mental aspects converge in this new political history. Its access to historical knowledge takes places through renewed paths that offer great

possibilities to the history of education: biographies (both of great figures and ordinary people) the history of quotidian life, memory and political culture, understanding this last one group of representations in which a human group can be distinguished. This new paths of analysis offer to this new political history of education an large thematic field that can be completed with the study of renovated old subjects, for example the history of political ideas, intellectuals and different institutions, specially that of the State-Nation.

KEY WORDS: Political history, history of education, biography, political culture, history of quotidian life, memory and history, history of political ideas, history of political institutions, history of intellectuals, new political history of education.

QUIZÁ HAYA SIDO LA HISTORIA POLÍTICA el género historiográfico que, desde antiguo, ha gozado de mayor notoriedad. Algo que no sorprenderá si reparamos en la naturaleza de algunos de sus temas de estudio, entre los que destaca el de la formación de los Estados nacionales. Pero con la pujanza de la *nouvelle histoire* de mediados del siglo XX, la historia política cayó en el descrédito al que la historia socioeconómica arrojó a las viejas formas y métodos historicistas, que los representantes de aquella consideraban poco representativos del proceso histórico total. Aunque, y a pesar de este declive, la historia política nunca dejó de cultivarse, desde hace unos años se ha anunciado su regreso, y tan rutilante que la sitúa en la primera línea de las nuevas tendencias historiográficas. La clave de este retorno reside en el cambio conceptual que ha dado lugar a la sustitución de «la política» por «el hecho político», algo a lo que ha contribuido de modo decisivo la vuelta del sujeto y del acontecimiento. Este cambio conceptual y estos retornos han permitido nuevos enfoques en el análisis de lo político (las escrituras del yo, la vida cotidiana, la memoria, la cultura política...), así como el acercamiento novedoso a los viejos temas de la historia política, como la historia de las ideas políticas, de los intelectuales y de las instituciones, especialmente del Estado-nación. La historia política de la educación, tributaria de la historia política, está siguiendo con éxito notorio su progreso. El desarrollo de todos estos aspectos constituye el objetivo de este artículo.

1. Del descrédito al reconocimiento

La tradicional historia política, que tuvo sus principales objetos de estudio en el Estado, en la nación, en las instituciones, en los dirigentes, en los hechos del monarca, del estadista o del héroe militar, en los acontecimientos (batallas, tratados, constituciones, muertes...), que se puso al servicio de la legitimación del poder, que fue prisionera de las fuentes oficiales y escritas —y que, quizá por ello, se convirtió a menudo en una crónica del Estado—, que en la causación histórica concedió el protagonismo a lo político ocultando, ignorando o relegando lo económico y lo social..., esa historia fue repudiada cuando el éxito económico que sigue a la Segunda Guerra Mundial y el empuje del movimiento obrero y del socialismo junto a la adscripción marxista de no pocos historiadores, conciben una «nueva historia» epistemológicamente opuesta a la historia política. Tan gráfica es

la caracterización que hace Pascal Balmand de la historia política tradicional como «un auténtico contra-modelo» y «una especie de impronta en negativo de la *nueva historia*»¹, como es reveladora la famosa definición que en 1944 dio G. M. Trevelyan de historia social, como «history with the politics left out», como historia en la que la política queda fuera. Que la historia política se convirtiera en la primera víctima del nuevo paradigma histórico liderado por los creadores de *Annales* era algo previsible a la vista de concepciones epistemológicas tan dispares. En *Faire de l'Histoire*², importante obra colectiva dirigida por destacados representantes de la tercera generación de *Annales*, Jacques Julliard adjetiva la historia política tradicional de psicológica, elitista, biográfica, cualitativa, particular, narrativa, idealista, parcial, apegada a lo consciente, puntual (ignorante de la larga duración), ingenua..., «en una palabra, pues esta palabra lo resume todo en la jerga de los historiadores, es *acontecimental*»³. Calificativos opuestos distinguen la concepción historiográfica de la *nouvelle histoire*. Ambos paradigmas los enfrenta así Pascal Balmand:

Allí donde es preciso interesarse por las estructuras profundas y el plazo largo, la historia política aborda tan sólo la coyuntura y la contingencia. Allí donde es preciso concebir los fenómenos históricos en función de las masas, razona según la lógica elitista, psicologizante y prosaicamente biográfica de los «grandes hombres». Allí donde es preciso poner al desnudo los mecanismos enterrados, se sumerge en un idealismo ingenuo según el cual la historia la hacen las ideas y la voluntad de los individuos. Allí, donde, finalmente, es preciso desarrollar una aproximación a una serie, se limita a lo cualitativo⁴.

La historia política tradicional, del todo contraria a la historia ideal de *Annales*, quedaba así reducida, por utilizar conceptos braudelianos, a una historia superficial que sólo refleja *l'écume*, la espuma del oleaje que mueven las grandes estructuras, durables y determinantes, origen de las causas profundas del acontecer histórico.

Pero advierte René Rémond, principal vivificador de la nueva historia política, que este conflicto de concepciones historiográficas no oponía sólo dos epistemologías (esto es lo explícito), sino también «una divergencia, más honda, que afectaba a la naturaleza misma de la sociedad, objeto del conocimiento histórico» (esto es lo implícito); el anatema que *Annales* lanza contra la historia política se basó en que la política misma no era más que un reflejo, una apariencia o máscara de lo real, lo cual reformulaba la naturaleza de la política y su capacidad de relacionarse con otros fenómenos sociales⁵. Acusada de connivencia con la «ideología dominante», su descrédito se vio alimentado por las nuevas corrientes historiográficas

¹ BALMAND, Pascal: «La renovación de la historia política», en BURDÉ, Guy y MARTIN, Hervé: *Las Escuelas históricas*, Madrid, Akal, 1992, p. 252.

² LE GOFF, Jacques y NORA, Pierre (dirs.): *Faire de l'Histoire. Nouvelles approches*, París, Éditions Gallimard, 1974.

³ JULLIARD, Jacques: «La Política», en LE GOFF, Jacques y NORA, Pierre: *Hacer la Historia*. Tomo II. *Nuevos enfoques*, Barcelona, Laia, 1985 (2.ª ed.), p. 227.

⁴ BALMAND, Pascal: «La renovación de la historia política»..., pp. 253-254.

⁵ RÉMOND, René: «Une histoire présente», en RÉMOND, René (dir.): *Pour une histoire politique*, París, Éditions du Seuil, 1996, p. 16.

que dirigían sus miradas hacia las masas y los olvidados de la historia a los que se había de restituir el lugar al que tenían derecho en la historia. La lucha de clases y los procesos económicos se convirtieron en el motor de la historia en detrimento de la política a la que se negó autonomía y potencialidad de causalidad histórica. Un reconocido cultivador de la historia política, François-Xavier Guerra, alude también a lo manifiesto y a lo no dicho en la crítica de *Annales* a la historia política, señalando que aunque no se afirmase de manera manifiesta, la Nueva Historia «consideraba que los grupos sociales, definidos sobre todo por criterios socioeconómicos, eran los actores últimos de la historia [...] También se fue imponiendo [...] una noción muy restringida de la causalidad histórica, reducida a menudo a la puramente económica»⁶. A la vista de lo anterior, la decadencia de la historia política era un hecho anunciado.

No obstante, nunca llegó a desaparecer la historia política ni siquiera en Francia, donde a pesar de su notorio descrédito en la década de los sesenta y setenta, Ferdinand Braudel la practicó de manera renovada en su tesis *La Méditerranée au temps de Philippe II*, y otros muchos historiadores de prestigio —entre ellos Mandrou, Furet y Soboul— también hicieron historia política. Ni siquiera fue posible —quizá porque no era conveniente—⁷ prescindir de ella en los libros de texto⁸ ni en los programas de los concursos de selección de futuros docentes en los que figuraron temas propiamente políticos⁹. Podemos coincidir sin reparos con la crítica que Lawrence Stone dirigió hace ya 27 años contra «aquellos que se consideraban a sí mismos como la vanguardia de la profesión histórica», los «nuevos historiadores» de la *Nouvelle Histoire*, a los que censura «por su obsesión por las fuerzas sociales, económicas y demográficas de la historia, y por su incapacidad para tomar suficientemente en cuenta la organización política y la toma de decisiones»; también compartimos la doble afirmación del profesor de Princeton de que gran parte de la profesión siguió ocupándose de la historia política, «como lo había hecho siempre», y de que ya entonces se estaba asistiendo «a un reconocimiento tardío de la importancia del poder, de las decisiones políticas personales por parte de los individuos [...]»¹⁰.

⁶ GUERRA, François-Xavier: «El renacer de la historia política: razones y propuestas», en *New History, Nouvelle Histoire: Hacia una Nueva Historia*, Madrid, Editorial Actas, 1993, p. 231.

⁷ Daniel Roche, profesor del Collège de France, historiador de la tercera generación de *Annales*, alumno de Labrousse y director del Instituto de Historia Moderna, confiesa que «la historia política en el sentido tradicional jamás ha desaparecido de la enseñanza francesa, lo cual es necesario en mi opinión. Pues cómo, por ejemplo, se pueden formar alumnos en la historia europea del siglo XVIII sin que se comience por tratar instituciones políticas como la monarquía francesa, la monarquía parlamentaria inglesa, el imperio, etc.» (de la entrevista a Daniel Roche, en GARCÍA PALLARES-BURKE, María Lúcia: *La nueva historia. Nueve entrevistas*, Universitat de València-Universidad de Granada, 2005, p. 148).

⁸ «En este sentido —anota François-Xavier GUERRA (“El renacer de la historia política...”, p. 232)— es significativo el fracaso en Francia de los programas de la enseñanza secundaria construidos en una óptica temática venida de la Nueva Historia y la vuelta a un esquema temporal en el que lo político vuelve a ocupar un lugar preponderante».

⁹ En 1984 y 1985 se pedía a los candidatos a la *Agrégation* el desarrollo del tema «La vida política en Francia, Alemania Federal y Gran Bretaña desde 1945 a 1969», algo que para René Rémond, no sólo habla del empuje de la historia política sino también del reconocimiento del estatuto científico de su estudio en la historia inmediata (RÉMOND, René: «Une histoire présente»..., p. 18).

¹⁰ STONE, Lawrence: *El pasado y el presente*, México, FCE, 1986, p. 103.

Y, efectivamente, aunque la historia política no haya desaparecido nunca de la escena, ya fuera en un segundo o tercer plano, nadie niega su vuelta como una de las manifestaciones más significativas del debate historiográfico en el que «ha recuperado con todos los honores y desde muy diversas perspectivas, el lugar central que le corresponde»¹¹.

2. Identidad de la nueva historia política

¿Por qué se ha convertido la historia política en un eje central de la historiografía? Su máximo valedor, René Rémond, a quien acuden de manera indefectible la mayoría de quienes pretenden analizar el retorno de la historia política, advierte que esa centralidad no se debe a una cuestión mecánica de alternancia en las modas, a las que no escapa la vida del espíritu, sino que obedece a causas más hondas que se enraizan en el seno mismo del debate historiográfico; lo cual concede a la «resurrección» de la historia política el estatus de nueva etapa en el desarrollo epistemológico de la historia. Dicho de otro modo, el «renacimiento» de la historia política —que no «restauración» ni «restitución», conceptos que aludirían a una vuelta de su tradicional concepción y enfoque— se explica, sin duda, por factores externos, pero también y, sobre todo, internos¹². Entre los primeros figura la importancia que en este tiempo adquiere la política para la vida individual y colectiva; el desarrollo de las políticas públicas; la sumisión a la política de varios sectores antes ajenos a ella, como la ciencia y la cultura; incluso la presión social de un nuevo metarrelato, no menos determinante que aquellos otros que condenaba el postmodernismo, la globalización neoliberal, que en sus desmedidas aspiraciones de desregulación provoca la intervención de las instituciones con capacidad para reglamentar la política general, especialmente el Estado; un metarrelato aquel contra el que se alzan en defensa de la política —entendida como el espacio del protagonismo público— no pocos historiadores¹³, cuya competencia y compromiso intelectual inciden en un mayor cultivo y visibilidad de la historia política...¹⁴.

Pero son los retornos del sujeto, del acontecimiento y de lo político, los factores internos que alientan la recuperación, llamada a ser duradera, de una nueva historia política. Inserta en la evolución del contexto ideológico, la historia política trasciende en su enfoque y temas de investigación tanto al sujeto colectivo —ya sea de carácter «moral» y tradicionalmente político (el Estado-nación y el pueblo), ya «sociológico» (grupos y clases sociales), considerados en diferentes momentos de

¹¹ Por ejemplo, así se expresan en su lanzamiento editorial los responsables de la Revista *Historia y Política* dirigida conjuntamente por la Universidad Complutense de Madrid y la UNED y editada por Biblioteca Nueva (véase la «Presentación», *Historia y Política*, 1 [1999], p. 5). Esta afirmación es generalmente compartida.

¹² RÉMOND, René: «Une histoire présente»..., pp. 19-22.

¹³ Vid. CARRERAS ARES, Juan José y FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos (eds.): *Usos públicos de la Historia*, Madrid, Marcial Pons y Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, p. 41.

¹⁴ Hace casi dos décadas François DOSSE advertía, recordando a François Châtelet, que la crisis de la política —la crisis de la ciudad, de lo público— comportaría la crisis del discurso histórico (cfr. *La Historia en migajas. De «Annales» a la «Nueva Historia»*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1989, pp. 238-243).

la historia como sus actores últimos—¹⁵ como al sujeto individual prominente (grandes personajes de la política, la milicia o la élite social), para acoger también, de forma sugerente y enriquecedora, el protagonismo del hombre de carne y hueso, del sujeto anónimo, singular o colectivo, que recupera así la libertad que perdió a manos de las estructuras a las que quedó sometido durante décadas¹⁶. Con el regreso del sujeto se rescata la voluntad del ser humano de actuar conscientemente allí donde se decide su destino¹⁷. Como se verá más adelante, las posibilidades temáticas de este retorno son muchas, pues reconocer el insustituible protagonismo en la causación histórica tanto de las gentes de arriba como de las de abajo, y conferirles capacidad de interpretar sus propias acciones y su historia, equivale a registrar las potencialidades que en los análisis de historia política tienen la microhistoria¹⁸ y la historia de la vida cotidiana, posibilidades las de esta última que se abordarán en el epígrafe siguiente.

El énfasis que la nueva historia política pone en lo subjetivo y en el acto libre del ser humano la relaciona estrechamente con lo mental, tanto en su dimensión reflexiva como irreflexiva. Refiriéndonos a esta última, el retorno del sujeto guarda una relación inseparable con otro retorno, el del acontecimiento político. Éste, en opinión de René Rémond, llega a fundar mentalidades, y lo hace hasta el punto de que une, suelda a una generación, y de tal manera que, aunque ese acontecimiento haya desaparecido, su recuerdo perdurará instalado en las profundidades del «inconsciente de la memoria colectiva, donde continuará no obstante ejerciendo una influencia insospechada»¹⁹. De este modo, la historia política, gracias al acontecimiento (por ejemplo, una guerra), puede convertirse en forja de imaginarios²⁰, lo que permite comprender mejor las relaciones entre historia y

¹⁵ Sobre los actores de la historia política véase GUERRA, François-Xavier: «El renacer de la historia política...», pp. 229-238.

¹⁶ Jacques Le Goff aludía a la «vuelta del individuo quien emerge no sólo frente a las estructuras y a los modelos abstractos sino también frente a los personajes colectivos de la historia social, grupos, categorías, clases, masas, etc.» (LE GOFF, Jacques: «Les Retours dans l'historiographie française actuelle», en BARROS, Carlos [ed.]: *Historia a debate*, tomo III: *Otros enfoques...*, Santiago de Compostela, 1995, p. 163).

¹⁷ Jacques JULLIARD se pregunta si no es ésta una de las razones que explican el retorno de «lo político» («La Política», en LE GOFF, Jacques y NORA, Pierre: *Hacer la Historia...*, p. 243). No obstante, hay quienes ligan esta libertad a condiciones, como las económicas y sociales, no elegidas por el ser humano; así, el historiador marxista Eric HOBSBAWN (*Sobre la Historia*, Barcelona, Crítica, 1998, p. 193), hablando de la historia política sostiene que «La nueva historia de hombres y mentes, ideas y acontecimientos cabe verla como algo que complementa —en vez de suplantar— el análisis de estructuras y tendencias socioeconómicas». La indisolubilidad del «hombre político» y del «hombre económico» —en el sentido de que las estructuras condicionan el protagonismo histórico del ser humano pero no lo determinan— debe ser un referente para la nueva historia política como quiere Jacques LE GOFF («Les Retours...», p. 158).

¹⁸ Entiende Xavier GIL PUJOL («La historia política de la Edad Moderna europea, hoy: Progresos y minimalismo», en BARROS, Carlos [ed.]: *Historia a debate...*, t. III: *Otros enfoques...*, 1995, p. 200), que la microhistoria muestra el interés que tiene la política popular, como puede verse «en los dietarios y autobiografías escritos por artesanos y otros individuos comunes. Rescatados del persistente olvido que los cubría, estos escritos proporcionan testimonios únicos sobre cómo era experimentada la vida familiar, laboral y política de las clases subalternas», cómo van configurando su identidad colectiva.

¹⁹ RÉMOND, René: «Du politique», en RENÉ, Rémond (dir.): *Pour une histoire politique...*, p. 386.

²⁰ PROCHASSON, Christophe: «Vingt ans d'Histoire politique en France», en BARROS, C. (ed.): *Historia a debate*, tomo III, p. 212.

memoria. El acontecimiento, territorio de lo contingente, de lo imprevisible y lo inesperado, nada tiene que ver con la lógica explicativa de las estructuras y sus leyes —lo que manifiesta la primacía de la comprensión sobre la explicación— sino con la acción independiente y no determinada del ser humano²¹.

Aunque a la historia política renovada no le es ajena la regularidad histórica —pues analiza también formas e ideas recurrentes (regulares) a lo largo del devenir histórico (tiempo largo)— da preferencia al acontecimiento (tiempo corto), intrínsecamente irregular en cuanto que es contingente, pero que puede adquirir la naturaleza de «tiempo largo» si se acepta, como afirmaba Rémond, que el acontecimiento es creador de mentalidades —que son lo subterráneo de la estructura real y de la larga duración—²² y fusor donde se fragua lo imaginario, el cual, como se sabe, constituyó para *Annales* uno de los métodos de análisis histórico. Esto es importante porque le confiere a la nueva historia política un rasgo fundamental —la larga duración— cuya carencia concitó las críticas de la llamada historia científica, estatus al que aspira la nueva historia política, condición que se vería enriquecida con su interés por los fenómenos ideológicos y mentales, por el mundo de la conciencia y de la inconsciencia, lo que le permitiría explicar el comportamiento político mejor de lo que lo haría la historia científica y sus estructuras económicas y sociales²³.

Pero ¿qué es lo político? ¿Qué se entiende por el retorno de lo político, esa nueva concepción que se ha convertido en elemento nuclear del renacimiento de la nueva historia política? Porque ya no es «la política» la esencia de esta nueva historia, sino «lo político», «el hecho político», que Para René Rémond «es el lugar de gestión de la sociedad global» que regula en parte todas las demás actividades, cuyo estatus define y cuyo ejercicio reglamenta. «Lo político —escribe— no tiene fronteras naturales»; se expande hasta incluir toda la realidad y absorber

²¹ Raymond ARON —*Lecciones sobre la historia. Cursos del Collège de France*, México, FCE, 1996, p. 395— cree que la exclusión del acontecimiento aboca al determinismo y a la negación de la libertad humana; así, escribe que el acontecimiento en sentido fuerte (en sentido débil todo hecho histórico, localizado y fechado es un acontecimiento), sugiere que «el surgimiento de un hombre, la toma de una decisión, el estallido de una guerra o de una revolución [...], por estar relacionado con las circunstancias anteriores, no necesariamente se deriva de esos hechos anteriores [...] En el aspecto de la reflexión lógica, no se tiene ningún derecho a oponer el principio del determinismo a la eficacia eventual de los grandes hombres o de las decisiones imprevisibles». El ser humano, con sus acciones u omisiones, individual o colectivamente, puede provocar consecuencias de alcance imprevisible. No es posible determinar de antemano las influencias de los individuos y los accidentes. De ahí que ni la historia económica esté exenta de accidentes, ni la historia política sea una serie de hechos azarosos. No obstante, hay quienes, como Jacques LE GOFF («Les Retours...», p. 159), valoran la vuelta del acontecimiento como elemento explicativo de la historia pero sin perder de vista que es como «la punta del iceberg y no puede ser estudiado fuera del iceberg mismo». Es decir, el acontecimiento forma parte de un contexto, es una manifestación de otras realidades y tiempos históricos, y debe ser puesto en relación con la estructura y la coyuntura, como, por otra parte, quería Marc Bloch.

²² No obstante hay quien sostiene que «no se puede mantener a la vez que las mentalidades son resistentes a los cambios y que tienen su origen en algo tan azaroso como el acontecimiento» (MINA, María Cruz: «En torno a la nueva historia política francesa», *Historia contemporánea*, 9 [1993], p. 66).

²³ Anota oportunamente M.^a Cruz MINA (*ibidem*, p. 69) que la superación de la contradicción entre lo contingente y permanente del acontecimiento reside en la fenomenología de Paul Ricoeur: el acontecimiento es algo singular que escapa a las leyes históricas, pero «como parte de un discurso, de una representación individual o colectiva», por la forma en que fue vivido por una generación «y pasó en forma de memoria colectiva a las posteriores», porque se ancla en el «imaginario social», el acontecimiento forma parte del tiempo largo y tiene carácter permanente.

toda la esfera política ampliada incluso a lo privado; «sinceramente —sentencia— el hecho político no tiene fronteras fijas, y las tentativas por reducirlo a límites concretos de una vez por todas son vanas». Lo político suele definirse en referencia al poder que se conquista, se ejerce y practica en la sociedad global, es decir, la que está constituida por la totalidad de los individuos que habitan un espacio delimitado por fronteras políticas que no afectan sólo al Estado y la nación, sino que se extienden también a las colectividades territoriales y a otros sectores afectados por la política, de tal manera que «apenas hay sector ni actividad que, en algún momento de la historia, no haya tenido alguna relación con lo político», desde la política energética hasta el sindicalismo. Así, pues, «la historia política reivindica inscribirse en una perspectiva global donde lo político es un punto de condensación», y el estudio de la historia de lo político exige «estar convencido de que lo político existe por sí mismo, profesar que tiene una consistencia propia y una autonomía suficiente para ser una realidad distinta»; lo cual no niega que le afecten las presiones y demandas de todo tipo, sin que ello quiera decir, como ha demostrado a menudo la historia contemporánea, que el acontecimiento político carezca de fuerza o que esté limitado por explicaciones estrechas²⁴.

Si lo político —como concreta Pierre Balmand— se ha ensanchado hasta abarcar «todas las orillas de la gestión de lo real y de las relaciones de poder que aquélla cristaliza»²⁵, la historia política se convierte en una ciencia interdisciplinar que busca «entender la dinámica global de la sociedad»²⁶, por lo que incluye no sólo la política, sino también lo social, lo económico y lo cultural, pues todo ello tiene que ver con el fenómeno del poder y la gestión de lo real. El historiador de lo político no reivindica la hegemonía para su objeto de estudio, ni tendrá la imprudencia —advierte Rémond— de sostener que lo político tiene siempre la última palabra, pero sí «constata que lo político es el punto de confluencia de la mayor parte de las actividades y que lo político sintetiza los demás componentes del conjunto social»²⁷. El territorio de la historia política se ha expandido, pues, en todas las direcciones, imbricándose estrechamente con la historia económica y social —Patrick Collinson parafraseando la conocida y más arriba transcrita definición de Trevelyan, caracteriza la nueva historia política como «social history with the politics put back in», «historia social con la política restituida»—²⁸, con la historia intelectual y cultural —que «siempre han caminado ligadas con la historia política»—²⁹, con la historia de las ideas y la historia de la cultura política, esta última, en opinión de Sirinelli, la que mejor expresa la novedad de la historia política y la que visualiza mejor el deslizamiento de la nueva historia política hacia

²⁴ RÉMOND, René: «Du politique»..., pp. 380-384. Más cauteloso, Alfio SIGNORELLI («Storia política e storia sociale», en BARROS, Carlos [ed.]: *Historia a debate...*, 2000, t. II, p. 92) entiende que para una verdadera renovación de la historia política es condición esencial que «ni se considere a la política como una variable independiente ni como la expresión transparente de las fuerzas económicas o sociales».

²⁵ BALMAND, Pascal: «La renovación de la historia política»..., pp. 256-258.

²⁶ «Entrevista a François Xavier Guerra», *Secuencia* (Nueva época), 37 (1997), p. 145.

²⁷ RÉMOND, René: «Du politique»..., p. 385.

²⁸ COLLINSON, Patrick: *De Republica Anglorum or, History with the politics put back* (Inaugural Lecture, 9 November 1989), Cambridge, 1990, pp. 14-15. Cit. en GIL PUJOL, Xavier: «La historia política...», pp. 195-196.

²⁹ SCHAUB, Jean-Frédéric: «L'histoire politique sans l'état: mutations et reformulations», en BARROS, Carlos: *Historia a debate...*, t. III: *Otros enfoques...*, 1995, p. 235.

la historia cultural; ¿qué otra cosa son, sino que muestras de la historia cultural de lo político, los trabajos sobre la opinión, las imágenes sociales, la memoria o las sensibilidades políticas?³⁰... Todo un multiverso focal y temático este de la nueva historia política que, de acuerdo a la diversidad que conlleva su toma de conciencia sobre la complejidad de lo real —algo que la tradicional historia política no contemplaba—³¹, exige también una aproximación diversa a la investigación de lo político, un análisis poliédrico desde el punto de vista disciplinar. Pero esta misma complejidad, que para unos es atomización de su objeto de estudio y despolitización de la propia historia política, es para otros muestra evidente de su carácter de ciencia-encuentro y signo inequívoco de su potencialidad como historia total, siempre que renuncie a toda pretensión hegemónica en el acercamiento al pasado —ya lo indicaba Rémond— y parta de la convicción, como hacen los autores del volumen *Pour une histoire politique*, de que «lo cultural, lo económico, lo social, lo político, se influyen mutuamente y de manera desigual según las coyunturas, teniendo cada uno su vida autónoma y sus propias dinámicas»³².

Asegura, en efecto, René Rémond que la nueva historia política ha respondido con éxito a los más exigentes desafíos para requerir el carácter de historia total³³. Conviene, pues, para situarnos ante esa reclamación, que intentemos sintetizar ahora las señas de identidad de la nueva historia política. Tal vez nos evite mayores digresiones al respecto transcribir e interpretar en conjunto los temas abordados en los capítulos que componen el libro citado *Pour une histoire politique* que, aunque no pretende ser propiamente un manifiesto, sí se caracteriza como una afirmación colectiva, un propósito común sobre la nueva historia política, y el libro canónico por excelencia de su retorno; los capítulos, encargados a distintos autores, son: las elecciones, los partidos, la asociación en política, la biografía, la opinión, los media, los intelectuales, las ideas políticas, las palabras, la religión y la política, la política interior y la política exterior, la guerra, y lo político. Una simple mirada a esos contenidos nos apercibe de la existencia de algunos ya tradicionales en la historia política, aunque examinados de manera novedosa, junto con otros antes impensables por estar referidos al mundo de la conciencia. María Cruz Mina, una opinión crítica con esta nueva historia, comenta el significado de estos temas:

Junto al comportamiento del Estado, la atención se dirige a ese comportamiento político clave que es el electoral, y a sus mediadores (partidos y asociaciones), pero sobre todo al mundo de la conciencia, también de la inconsciencia [la opinión, los medios de comunicación, las ideas políticas, los intelectuales], que lo explica. Sin olvidar esa mediación entre la conciencia y el mundo que son las palabras³⁴.

El estudio de estos y otros temas permite a la nueva historia política superar las exigencias de sus críticos; por ejemplo, la investigación de los procesos y comportamientos electorales admite emplear lo cuantitativo y seriado, la larga duración

³⁰ Cfr. SIRINELLI, Jean-François: «De la demeure à l'agora. Pour une histoire culturelle du politique», en BERSTEIN, Serge y MILZA, Pierre (dirs.): *Axes et méthodes de l'histoire politique*, París, PUF, 1998.

³¹ AURELL, Jaume: *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos*, Valencia, Universitat de València, 2005, p. 166.

³² «Introduction», a RÉMOND, René (dir.): *Pour une histoire politique...*, p. 8.

³³ RÉMOND, René: «Une histoire présente»..., p. 27.

³⁴ MINA, María Cruz: «En torno a la nueva historia política...», p. 63.

y las regularidades, la comparación y la interdisciplinariedad; un acontecimiento, como la guerra, puede tener también consecuencias de larga duración; la opinión se adentra en el territorio de las mentalidades; los partidos políticos son instancias de socialización; la biografía, los partidos, las asociaciones políticas, la religión o los media, contemplan como sujetos históricos tanto a los individuos como a las masas... Necesidad y contingencia, acontecimiento y estructura, sujeto individual y colectivo, la humanización de la historia frente al determinismo de las fuerzas impersonales, regularidad y singularidad, libertad frente a necesidad y determinación..., son algunas de las señas, aunadas o enfrentadas, que identifican el renacimiento de la historia política, y explican su completa revolución:

Abrazando los grandes números, trabajando en la duración, interpretando los fenómenos más globales, buscando en las profundidades de la memoria colectiva o del inconsciente las raíces de las convicciones y los orígenes de los comportamientos, la historia política ha descrito una revolución completa. ¿Cómo creer entonces que su renacimiento no puede ser más que un veranillo de San Miguel?³⁵

Esta misma variedad temática y de planteamientos teóricos y metodológicos dificulta el establecimiento de un perfil nítido para la nueva historia política. No obstante, delimitando su problemática quizá sea posible dibujar un contorno que la identifique. A este respecto suele haber coincidencia —como ya hemos dejado dicho— al considerar el estudio del poder y sus manifestaciones³⁶ como el objeto central de la historia política, pero ya no entendiendo el poder como una cuestión sólo de soberanía residenciada en el Estado, sino también como un asunto social³⁷ que afecta a los sujetos particulares y colectivos, en cuya generación, instauración, imposición, transmisión, participación y reparto, intervienen las instituciones, públicas y privadas, las masas y los individuos, ya sean sobresalientes o anónimos, y ya sea de una manera consciente o inconsciente, objetivada, pensada³⁸ o percibida. La descentralización foucaultiana del concepto del poder (expandido a las relaciones de fuerza, afecto, sexo, emociones...), el entendimiento de la política como «un lugar de gestión de lo social y de lo económico»³⁹, y el protagonismo del ser humano allá donde se escriba su destino, explican que la nueva historia política no sea ajena a los discursos y proyectos del poder, a su organización, a los grupos que lo disputan y sus formas de relacionarse en la trama del poder, a las personas, grupos y clases sociales que en él intervienen, a las formas de testimoniarlo (como las escrituras del yo), a las prácticas con las que se ejerce y a los mecanismos de transmisión (medios de comunicación, leyes, ideas, institución escolar, bibliotecas, sermones, correspondencia, grabados, actitudes, memoriales, obras de arte...)⁴⁰, a los canales en los que se produce (ya sean institucionales como el voto, o informales

³⁵ RÉMOND, René: «Une histoire présente»..., pp. 31-32.

³⁶ Cfr. LE GOFF, Jacques: «Les Retours...», p. 158.

³⁷ JULLIARD, Jacques: «La Política»..., pp. 252-253.

³⁸ Maurice DUVERGER sostiene que lo que los hombres piensan sobre el poder se convierte en uno de sus fundamentos (*Instituciones políticas y derecho constitucional*, Barcelona, Ariel, 1962, p. 17).

³⁹ «Introduction» a RÉMOND, René (dir.): *Pour une histoire politique*..., p. 8.

⁴⁰ DE LOS ARCOS, M.^a Fernanda: «El ámbito de la nueva historia política: una propuesta de globalización», *Historia Contemporánea*, 9 (1993), pp. 44-46.

como la manifestación en las calles)⁴¹, a la dimensión simbólica de la práctica del poder (ritos, liturgias, emblemas, gestos...), a los espacios de sociabilidad, a los utillajes de participación en el poder (construcción de la ciudadanía, socialización de valores políticos...), etc.

3. Caminos renovados

El interés que la nueva historia política ha mostrado por el protagonismo histórico del sujeto individual o colectivo, significativo o insignificante, ha traído consigo la vivificación de antiguas vías de acceso al conocimiento histórico (entre ellas la biografía y la prosopografía), y el fomento de otras más novedosas como la historia de la vida cotidiana, de las representaciones, la memoria o la cultura política, que proporcionan a la historia política utilísimos materiales para la comprensión de las relaciones de poder.

La rehumanización y antropologización del conocimiento histórico ha impulsado el cultivo de las diversas «escrituras del yo», relatos de vida, diarios, autobiografías, biografías, «egodocumentos»⁴²... La biografía, género histórico-narrativo por excelencia que acompañó a la historia política en su declive, aparece rehabilitada con ella tras verse ambas liberadas de la historia cuantitativa y serial que había subyugado a *l'histoire événementielle*. Y surge apoyando la tendencia historiográfica que quiere dar cada vez «mayor importancia al estudio de las acciones, a sus efectos impredecibles y a las motivaciones de los sujetos individuales o colectivos que las protagonizan, en detrimento de la prioridad ontológica, epistemológica y metodológica de las entidades extraindividuales, y del esquema de las determinaciones y presiones “objetivas”»⁴³. Porque ya sabemos que la historia no siempre está regulada por las estructuras o las coyunturas, sino que a menudo interviene el factor humano que es capaz de dar un giro insospechado a la historia o a la política.

a. La biografía renovada

De la mano del interés por introducir la singularidad en las ciencias sociales, de la preocupación por rehabilitar al individuo en la historia, y del influjo de la psicología y la antropología, emerge la nueva biografía que, sin abandonar como objeto de estudio los grandes personajes —cuya incidencia en los destinos de los pueblos no es posible ignorar—⁴⁴ descubre el valor de las gentes «sin importancia». Pero no lo hace para restaurar una injusticia o para reconocer la libertad del ser humano —que también— sino para observar los problemas y preocupaciones

⁴¹ Cfr. GUERRA, François-Xavier: «Hacia una nueva historia política. Actores sociales y actores políticos», *Anuario del IEHS*, IV (1989), pp. 243-284.

⁴² Recientemente, la revista *Cultura Escrita & Sociedad* ha dedicado el dossier de su primer número (2005) al tema «De la autobiografía a los ego-documentos: un fórum abierto».

⁴³ RUIZ TORRES, Pedro: «La biografía y los personajes olvidados por la historia», en HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena y LANGA, Alicia (eds.): *Sobre la Historia actual. Entre política y cultura*, Madrid, Abada Ediciones, 2005, p. 166.

⁴⁴ Algunos creen que esta persistencia puede significar de algún modo una revalorización de la historia política clásica (MORALES MOYA, Antonio: «La historia “con personas”», en HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena y LANGA, Alicia [eds.]: *Sobre la Historia actual...*, p. 82).

históricas en un hombre o en una mujer concretos, para mirar a través del tiempo de una vida —unidad de medida significativa de la duración histórica— los grandes movimientos de la historia política, económica, social, cultural o de las mentalidades, sin reducirlos a fenómenos cuantitativos «donde se perdería lo que hace la autenticidad y el sentido de un personaje en historia»⁴⁵. Por medio de la biografía es posible ver, de manera diferente, por huellas o restos de naturaleza diversa que corresponden a la vida del individuo anónimo o poco conocido, fragmentos del pasado que de otra manera quedarían ocultos o carentes de esa otra forma de verlos que proporciona una persona⁴⁶. Sin embargo, la nueva biografía no dirige sus esfuerzos a esbozar el perfil exhaustivo de un individuo sino «a delimitar mejor la historia colectiva mediante el esclarecimiento de una historia singular»⁴⁷, porque más que la vida del biografiado importa su relación con el contexto. Naturalmente que es preciso conocer al actor individual, su personalidad y hasta su conciencia, para poder comprender sus comportamientos o para averiguar sus motivos; porque de lo que se trata con la biografía es «poder comprender “desde dentro” la realidad estudiada, instalándonos mentalmente en el lugar de los sujetos de la acción social, asociándonos a sus sentimientos, adoptando su personal representación de los hechos»⁴⁸. Esto, por ejemplo, es lo que empujó a Natali Zemon David a valerse de las trayectorias vitales como medio de entender a los historiadores franceses que colaboraron con el nazismo, y descubrir qué formación recibieron, qué moralidad desarrollaron, qué valores defendieron; procuró identificar a esos historiadores-colaboradores a partir de sus propias voces, única forma a su entender de que se volvieran comprensibles⁴⁹.

Importa poco, pues, que los hechos sean únicos, no comparables y poco homogéneos, si a través de ellos se manifiesta la condición humana en su singularidad, honestidad y libertad, pues así, además de restaurar el protagonismo histórico del ser humano, singular o colectivo, hace de su biografía, de la biografía de cada uno, un lugar eficaz de observación, siempre que la diversidad intrínseca a la biografía no aisle a un hombre de los demás que le son diferentes ni lo exalte a expensas de ellos⁵⁰.

Es indiscutible el auge que ha alcanzado la biografía a partir de los primeros años ochenta del pasado siglo. Para referirnos sólo a España, además de algunos títulos ya clásicos⁵¹, bastará, por ejemplo, con recordar entre los grandes éxitos de

⁴⁵ LE GOFF, Jacques: «Les Retours...», pp. 162-163.

⁴⁶ Cfr. RUIZ TORRES, Pedro: «La biografía...», p. 169.

⁴⁷ BALMAND, Pascal: «La renovación de la historiografía política»..., p. 261.

⁴⁸ MORALES MOYA, A.: «Biografía y narración en la Historiografía actual», en SÁNCHEZ NISTAL, José María y otros: *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994, p. 235.

⁴⁹ ZEMON DAVIS, Natali: «Censorship, silence and resistance. The Anales during the German occupation of France», *Literaria Pregensia: Studies in Literature and Culture*, 1 (1991), pp. 13-23.

⁵⁰ LEVILLAIN, Philippe: «Les protagonistes: de la biographie», en RÉMOND, René (dir.): *Pour une histoire politique...*, p. 159.

⁵¹ Así, el libro de John H. ELLIOTT: *El Conde-Duque de Olivares: el político en una época de decadencia*, Barcelona, Crítica, 1991, donde se vierte la exposición de toda una época valiéndose de un «personaje-cima» como es el valido de Felipe IV; o el trabajo de Manuel FERNÁNDEZ ÁLVAREZ: *Felipe II y su tiempo*, Madrid, Espasa, 1998, que es mucho más que una biografía del austro, a cuyo alrededor se dibuja una muy completa visión de la época, del Estado y sus instrumentos, de las estructuras sociales, etc.

la última Feria del Libro de 2006, una biografía de Antonio Machado, de la que es autor Ian Gibson, una más de Ramón y Cajal, debida a López Piñero y otra sobre Isabel II escrita por Isabel Burdiel. Este resurgimiento ha llegado también al ámbito de la historia de la educación que le ha dedicado una importante atención teórica⁵² aparte de cultivar este género en los últimos años con éxito destacado, como lo prueba el importante trabajo biográfico realizado en figuras-cumbre de la pedagogía; tal es el caso de Cossío⁵³, en torno a cuyo liderazgo pedagógico desfilan múltiples imágenes sociales, evoluciones de la política educativa, relaciones personales, vínculos pedagógicos nacionales y extranjeros; de Mariano Carderera, cuya formación, ideas e influencias pedagógicas, se nos ofrecen en una muy sugerente biografía⁵⁴; de Rodolfo Llopis⁵⁵, cuya biografía sobrepasa la del político de la educación para rastrear en su formación pedagógica y alargarse a la trayectoria del militante socialista e intelectual y político exiliado; de José María Blanco White, destacado representante de la ilustración sevillana exiliado a Inglaterra, cuyo pensamiento recientemente está teniendo un merecido reconocimiento⁵⁶; de María de Maeztu que ha sido objeto también de varias biografías⁵⁷, gracias a las cuales no sólo conocemos sus circunstancias familiares sino también otras referidas a su labor profesional al frente del Instituto-Escuela o de la Residencia de Señoritas así como su andadura en los años de la Guerra Civil y el exilio; la biografía de Luis de Zulueta⁵⁸ revela sus relaciones con la ILE y la Segunda República, su compromiso político y la evolución de su pensamiento en cuestiones educativas clave de la época... Pero tal vez no sea ésta la mayor aportación innovadora de la historia educativa al género biográfico, sino su dedicación, ligada sin duda a la historia local o regional, a la vida de la que hemos llamado «gente poco importante», profesores, maestros y maestras más o menos anónimos, cuya dedicación al progreso de la educación y la pedagogía ha merecido la atención de sus coterráneos. No es posible dar la noticia bibliográfica completa de todos ellos, lo que evidencia la dedicación historiográfico-educativa a este género; por citar sólo algunos nombres, han sido biografiados, aunque con diferente dedicación y fortuna, Herminio Almendros, Margarita Comas, Rosa Roig, Martí Rouret, Francec Riutort i Feliu, José Pérez Acevedo, Vicente Calpe Clemente, Magdalena de Santiago-Fuentes, Pere Capellá, Emilio Castro Robledo, Guillermina Medrano, Salvador López

⁵² La Revista *Temps d' Educació* (Universitat de Barcelona) le ha dedicado la parte monográfica —*Memoria, Relat biogràfic i Formació*— del n.º 28 correspondiente a 2003-2004.

⁵³ OTERO URTAZA, Eugenio: *Manuel Bartolomé Cossío: trayectoria vital de un educador*, Madrid, CSIC y Asociación de Amigos de la Residencia de Estudiantes, 1994.

⁵⁴ VICÉN SERRANO, María Jesús: *Mariano Carderera y Potó. Orígenes y desarrollo de su pensamiento pedagógico*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1999.

⁵⁵ VARGAS, Bruno: *Rodolfo Llopis (1895-1983). Una biografía política*, Barcelona, Planeta, 1999.

⁵⁶ DURÁN LÓPEZ, Fernando: *José María Blanco White o la conciencia errante*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2005. En el año 2003 Biblioteca Nueva, en su serie Clásicos de Educación, dio a conocer algunos de sus textos *Sobre educación*, editados, introducidos y anotados por Antonio Viñao.

⁵⁷ PÉREZ-VILLANUEVA TOVAR, Isabel: *María de Maeztu. Una mujer en el reformismo educativo español*, Madrid, UNED, 1989; FRUCTUOSO RUIZ DE ERENCHUN, M.ª Cristina: *María de Maeztu Whitney. Una vitoriana ilustre*, Vitoria, Comisión de Álava de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, 1998.

⁵⁸ ROBLES SANJUÁN, Victoria: *Luis de Zulueta y Escolano (1878-1964) y su contribución al pensamiento pedagógico en España*, Granada, Universidad de Granada, edición en microfichas.

Arruebo, Gregori Artizá i Lapedra, Arximiro Rico, etc.⁵⁹, y, más cercanos en el tiempo, Nadal Batlle y Antonio Tovar, por citar sólo dos nombres. Y junto a estos sujetos singulares, la historia educativa española se ha introducido también en la prosopografía —«biografía cuantitativa o social» que permite confrontar biografías individuales y conocer el papel desempeñado en determinadas épocas o circunstancias por un colectivo de personas unidas por una misma vocación o una misma praxis—⁶⁰ de la mano de estudiosos del exilio republicano algunos de los cuales⁶¹ permiten establecer tipologías sociológicas generales de los maestros exiliados, su formación previa al exilio y recomponer el itinerario seguido por estos maestros. Labor de prosopografía es también la emprendida por las ya cada vez más numerosas investigaciones sobre los maestros y profesores depurados, actores colectivos, cuyo estudio conjunto de sus vidas, permite extraer características comunes a su proceso⁶². Otras veces son las narraciones vitales de un grupo de maestros unidos por la característica compartida de la renovación pedagógica que las vertebralas que dan lugar a una especie de biografía común⁶³.

El valor de la biografía individual o colectiva, de personas destacadas o comunes, nos parece fundamental para percibir aspectos no desvelados de los protagonistas del acontecer histórico, su consciencia y personalidad, sus ideas y pautas morales, sus sentimientos, la autopercepción que tienen de su posición en la sociedad de la que forman parte. Acceder a este conocimiento equivale en buena medida a acercarnos al imaginario y a la mentalidad de la sociedad en la que una persona se integra, a las referencias que esa individualidad tiene del colectivo social, lo cual se convierte en un conocimiento necesario para el historiador si quiere medir a esa sociedad con los patrones de quienes la componen y no con los de nuestra época⁶⁴. Conociendo la vida de «gente poco importante» el historiador recibirá noticia de cómo se perciben, socializan, apropian o rechazan determinadas decisiones y acciones políticas, cómo se instalan en el imaginario colectivo o cómo éste les presenta manifiesta u oculta resistencia. La biografía siempre hace referencia al sujeto —al poderoso o al que sufre el poder y sus consecuencias— en relación con otros, es decir, con la sociedad. Por eso en la nueva biografía tiene también cabida la «*contramemoria* de los excluidos y de los *sin historia*», lo que es, además, como venimos diciendo, signo del «proceso de “individualización” de

⁵⁹ Recomendamos al lector interesado una ojeada siquiera sea a los seis o siete últimos números del *Boletín de Historia de la Educación*, editado por la Sociedad Española de Historia de la Educación, para hacerse una idea más cabal de la proliferación de biografías, autobiografías, memorias, diarios, etc. Este *Boletín* está llamado a convertirse en una fuente impagable para conocer la evolución de la historia de la educación; con sus responsables y con sus colaboradores tenemos una enorme deuda de gratitud quienes trabajamos en el taller de la Historia de la Educación.

⁶⁰ MITRE, Emilio: *Historia y pensamiento histórico*, Madrid, Cátedra, 1997, p. 104, y MORALES MOYA, Antonio: «La historia “con personas”...», p. 84.

⁶¹ Como es el caso de MARQUÈS SUREDA, Salomó: *Maestros catalanes del exilio*, México, El Colegio de Jalisco y la Generalitat de Catalunya, 2003.

⁶² LAWRENCE STONE (*El pasado y el presente...*, p. 61) define la prosopografía como «la investigación retrospectiva de las características comunes a un grupo de protagonistas históricos, mediante un estudio colectivo de sus vidas».

⁶³ MESTRAS I MARTÍ, Lluís María: *Mestres d'aquell temps*, Girona, Universitat de Girona, 1999. Este libro reúne un total de 42 biografías de maestros de la renovación pedagógica catalana.

⁶⁴ Vid. COLOMER PELLICER, Francisca: «Biografía y cambio social: la historia que estamos viviendo», en BARROS, C. (ed.): *Historia a debate...*, 1995, tomo III, pp. 169-170.

masas» y síntoma de que la aparición de las memorias de las gentes subalternas —«banco de la memoria o vivero de la memoria»— apercibe de que el «deslizamiento de los archivos de clase a los archivos del yo parece algo más que una tendencia»⁶⁵. No obstante lo conseguido por la historia de la educación española en este ámbito, sería de desear una mayor dedicación a la biografía de políticos y de figuras claves en la política educativa, un territorio este apenas transitado desde el ámbito de la historia de la educación⁶⁶ que, sin embargo, está conociendo importantes logros de manos de la nueva biografía política y que tan clarificador resultaría para responder a las muchas preguntas que tiene planteadas la política educativa; así, por ejemplo, ¿qué procuró que Azaña llevara a cabo aquella política religiosa tan fundamental en la memoria de la educación?, ¿qué responsabilidad tuvo en ella el pasado o la formación cultural del estadista republicano?⁶⁷...

b. *La historia de la vida cotidiana*

El interés por la subjetividad y la diversidad, tan decisivos para el renacimiento de la historia política, ha empujado a sus cultivadores a dirigir la mirada hacia otros enfoques de análisis histórico próximos a aquélla, especialmente a la historia de la vida cotidiana y a la historia de la cultura política, aunque ésta tiene también una dimensión institucional⁶⁸ que no se vería afectada por esa atracción por la experiencia del actor individual o colectivo. Jean-François Sirinelli entiende que la «historia política sólo podrá confirmar en última instancia su brillante revivificación si, por una parte, investiga más ventajosamente la vena historiográfica de las culturas políticas y si, por otra parte, se injerta en la historia sociocultural⁶⁹, para integrar en su campo de investigación el estudio de las “representaciones”». Estas palabras de uno de los más reconocidos estudiosos de la historia política ponen de manifiesto la vinculación de ésta con la historia de la cultura política —de la que hablaremos luego— y con el estudio de las representaciones o, como él mismo dice, de las mentalidades, un enfoque este al que reconoce un «gran valor en historia

⁶⁵ RIDOLFI, Maurizio: «Lugares y formas de la vida cotidiana en la historiografía italiana», *Ayer*, 19 (1995), pp. 94 y 96.

⁶⁶ Aunque disponemos de alguna biografía de responsables políticos —además de la ya citada de Rodolfo Llopis— carecemos de otras sobre personajes cuya trayectoria política, relaciones con otras personas y grupos, condiciones en que se desarrollaron sus decisiones, etc., podrían iluminar sobremanera aspectos decisivos de una determinada política educativa (Marcelino Domingo o Joaquín Ruiz-Giménez serían sólo dos ejemplos, aunque sobre el primero contamos con una a cargo de CAROD-ROVIRA, Joseph-Lluís: *Marcel·lí Domingo (Tarragona 1884-Tolosa 1939). De l'Escola a la República*, Tarragona, Edicions El Médol, 1989).

⁶⁷ Precisamente ponemos el ejemplo de Azaña, una de las figuras más espléndidamente biografiadas en calidad y cantidad (cabe destacar la que quizá sea su mejor biografía debida a Santos JULIA: *Manuel Azaña, una biografía política. Del Ateneo al Palacio Nacional*, Madrid, Alianza, 1990), pero ninguno de sus biógrafos se ha acercado a él desde la historia de la educación.

⁶⁸ Que invita al análisis de los documentos para discernir el comportamiento colectivo de las instituciones políticas (Constituciones, leyes, etc.).

⁶⁹ Advertamos ya que quizá sea por la amplitud de ámbitos que el historiador necesita visitar para detectar las prácticas de lo cotidiano, como ahora diremos, por lo que algunos engloban la historia de la vida cotidiana bajo el rótulo más genérico de historia sociocultural (*vid.* CASTELLS, Luis: «Introducción» a *La historia de la vida cotidiana*, *Ayer*, 19 [1995], p. 12).

política», pues las creencias y los valores de una comunidad, que forman parte de la cultura política, derivan también en buena parte de las representaciones colectivas y de las mentalidades⁷⁰. Y la historia de la vida cotidiana, contraria a la historia de la alta política, aparece estrechamente ligada al mundo de las representaciones, al de las experiencias, modos de vida y valores de la gente corriente, en tanto que constituyen cosmovisiones alternativas y sistemas de valores a menudo diferentes a los dominantes; en este sentido, la historia de la vida cotidiana contribuye al estudio de lo político desvelando las actitudes de la gente común ante el poder, señalando la manera en que esas actitudes contribuyen a la construcción de nociones en torno a la identidad nacional o revelando formas extraoficiales en que se manifiesta la función política del Estado. Por su parte, Christophe Prochasson cree que la historia política está siendo recuperada a partir de los nuevos modos de hacer y de los nuevos temas de estudio que propician la historia de las representaciones y de los mitos, que ayudan a comprender lo político «no solamente como un juego donde se elaboran tácticas y estrategias de acceso al poder sino también como un crisol en el que se forjan los imaginarios»⁷¹.

La pretensión de la historia de la vida cotidiana de investigar la conducta diaria, las emociones y vivencias cotidianas que tejen las redes sociales y descubrir su entramado, su propósito de sacar a la superficie lo encubierto, entender las razones íntimas de las conductas, descifrar lo interiorizado, eso que promueve los comportamientos y lo que Alf Lüdtke llama «práctica de la multitud», descubrir lo que mueve a crear e interiorizar reglas latentes, indagar qué lleva a aceptar el poder o a oponerle resistencia y captar las actitudes de las gentes ante las relaciones de dominio, desentrañar las prácticas simbólicas y los juegos de representaciones y qué empuja a identificarse con ellos, captar los valores subyacentes en determinadas rutinas, estudiar cómo se articula la experiencia individual en el conjunto del colectivo, observar en qué medida se es protagonista o mero espectador en la acción social, estudiar los comportamientos sociales y captar sus matices y variedad en la manifestación de lo cotidiano, etc., son tareas y objetivos promisorios para quien, como el historiador de la política, busca estudiar y entender las relaciones de poder⁷². La historia de la vida cotidiana reconoce a hombres y mujeres, prominentes⁷³ y anónimos, iniciativa y libertad para hacer su propia historia, día a día, en unas condiciones materiales, experienciales y axiológicas individuales o grupales, tanto en la cotidianidad profesional y pública como en la familiar y privada. Un quehacer histórico ese en el que, como decíamos, afloran comportamientos sociales, modos de vida y sistemas de valores alejados unas veces de la estructura oficial dominante pero también, en otras, deseosos de coincidir con el

⁷⁰ SIRINELLI, Jean-François: «El retorno de lo político», *Historia Contemporánea*, 9 (1993), pp. 30 y 33-34. «Le retour du politique» fue presentado en las jornadas de estudios organizadas por el IHTP en marzo de 1992, en París, en homenaje a François Bédarida (INSTITUT D'HISTOIRE DU TEMPS PRÉSENT: *Écrire l'histoire du temps présent*, París, CNRS Éditions, 1993, pp. 263-274).

⁷¹ PROCHASSON, Christophe: «Vingt ans d'Histoire politique en France»..., p. 212.

⁷² Para estas y otras posibilidades de la historia de la vida cotidiana véase LÜDTKE, Alf: «De los héroes de la resistencia a los coautores. "Alltagsgeschichte" en Alemania», *Ayer*, 19 (1995), pp. 49-51, y CASTELLS, Luis: «La historia de la vida cotidiana», en HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena y LANGA, Alicia: *Sobre la historia actual...*, pp. 45-49.

⁷³ Naturalmente, el enfoque de la historia sociocultural o de la vida cotidiana se extiende también a las prácticas sociales de los dirigentes y estadistas.

sistema de dominación, lo que permite al historiador captar en la «gente corriente» complicidades y resistencias con el poder, apreciar la función política del Estado, los procesos de construcción de la identidad nacional, la conformación de nuevos imaginarios⁷⁴. La historia de la vida cotidiana⁷⁵ rehúye el análisis histórico basado en las estructuras y en el estudio de la alta política para centrarse en la «comprensión» de las prácticas de las gentes, de las experiencias de la multitud:

La práctica —dice Alf Lüdtke, uno de los más reconocidos representantes de la «Alltagsgeschichte»— hace alusión a las formas en que los hombres se apropian de las condiciones en las que viven, producen experiencias, utilizan modos de expresión e interpretaciones —y las asumen nuevamente por su parte—. En el proceso de apropiación los agentes se convierten en actores que interpretan y se muestran, presionan o rechazan⁷⁶.

Indagar en *las prácticas como apropiación*, observar y *comprender* la cotidianidad de los comportamientos sociales en los que aquellas prácticas tienen lugar, parece necesario para emprender análisis históricos de la realidad interna de la escuela y de la micropolítica escolar más atentos a lo cualitativo que a lo cuantitativo, porque la realidad —también, obviamente, la escolar— está atravesada por otras prácticas, a menudo casi invisibles, cuyo conocimiento permite una más cabal apreciación de aquélla. Y eso hace posible la reconstrucción de la historia porque, entre otras cualidades, este análisis faculta la revisión de la imagen de los sujetos históricos a través de sus prácticas sociales y profesionales.

Este enfoque ha mostrado su valía en la investigación de los regímenes totalitarios y la actitud del ciudadano medio ante ellos, su grado de compromiso o de rechazo, su colaboración, lealtad o silencio, su complicidad, su consenso —pasivo o activo—, su compromiso, coautoría o participación con el régimen nazi. En estos temas la historia de la vida cotidiana ha mostrado sus frutos, por ejemplo, en los estudios sobre la conformidad y resistencia popular al Tercer Reich⁷⁷, en las formas en que se manifestó «la resistencia de la cultura obrera y popular al fascismo italiano en el imaginario colectivo» a través del estudio de las autorrepresentaciones —«memorias de sí mismo»—, del folklore, del análisis literario de los textos, etc.⁷⁸. Por la misma razón, esta perspectiva sociocultural nos parece de gran utilidad para investigaciones histórico-educativas que necesiten estudiar comportamientos sociales que, con el paso del tiempo, han sido consciente o inconscientemente oscurecidos por sus autores. Un buen ejemplo de aplicación de este enfoque sería el caso del Magisterio depurado, la exploración de sus prácticas de

⁷⁴ Vid. WALTON, John K.: «Aproximaciones a la historia de la vida cotidiana en Inglaterra 1850-1940», *Ayer*, 19 (1995), p. 16.

⁷⁵ Para parte de lo que sigue me serviré de mi trabajo «El retorn del subjecte i de la política: jaciment temàtic per a la investigació historicoeducativa», *Educació i Història. Revista d'Història de l'Educació*, 4 (1999-2000) concretamente de las pp. 77-83.

⁷⁶ LÜDTKE, Alf: «De los héroes de la resistencia...», p. 49. Me referiré sobre todo a la forma alemana de entender la historia de la vida cotidiana (*Alltagsgeschichte*), aunque hay quienes, por un lado, establecen una identidad entre ella y la microhistoria italiana y quienes, por otro, señalan claras diferencias. Luis CASTELLS («La historia...», p. 50) cree que la primera se refiere más a las experiencias y vivencias de la gente común, mientras que la microhistoria italiana incide más en las relaciones sociales.

⁷⁷ Véase el trabajo de LÜDTKE, Alf: «De los héroes de la resistencia a los coautores...», pp. 49-69.

⁷⁸ RIDOLFI, Maurizio: «Lugares y formas de la vida cotidiana en la historiografía italiana», *Ayer*, 19 (1995), p. 90.

resistencia o aceptación y del proceso de construcción de su propia historia en medio de la coacción ideológica y política, el estudio de cómo en ocasiones esa construcción y resistencia derivó en un modelo pedagógico diferente del exigido por el vencedor. A este respecto, cabe recordar algunos estudios que en Francia, Alemania e Italia, se han efectuado sobre las actitudes, cultura y comportamiento de los maestros en situaciones de grave conflicto en las que se puso a prueba su influencia sobre las conciencias de los alumnos; así, mientras en Italia y Alemania el resultado es desfavorable para los docentes cuyo colaboracionismo con el régimen político les hace sospechosos de ser agentes respectivamente del fascismo o del nazismo, en Francia Jacques y Mona Ozouf han dirigido una investigación basada en los testimonios de cuatro mil maestros que habían ejercido la profesión antes de 1914, cuya memoria informa de su lucha por la laicidad, de su compromiso político, de su enseñanza cívica dirigida a unos escolares ante quienes mostraban los rasgos esenciales del republicanismo francés al que intentaban convertirlos⁷⁹. Del mismo modo, es útil este enfoque para estudiar la relación que guarda con el discurso político y pedagógico la conciencia de clase del docente y su vida cotidiana en el ámbito escolar, familiar y asociativo, lo cual es singularmente importante porque en estos escenarios es donde más intensamente se produce el aprendizaje político y donde en mayor medida se generan procesos de apropiación de las prácticas sociales y profesionales⁸⁰. Es más que una hipótesis afirmar que quienes hacen las reformas escolares emanadas desde el poder son los docentes, es decir, la práctica; qué duda cabe que para analizar el correlato entre la propuesta y la realidad es útil conocer las colaboraciones o resistencias de los docentes, acercarse a su vida cotidiana, reparar en sus actitudes y en las acciones que conforman hábitos mentales y, por ende, también profesionales. ¿Qué interacción se produce entre un acontecimiento histórico —como, por ejemplo, la Guerra Civil española de 1936— y las estructuras de la vida escolar cotidiana del Magisterio de postguerra?

La historia de la vida cotidiana dispone de muchas fuentes de las que servirse, algunas de las cuales (es el caso, por ejemplo, de las encuestas sociales, de los relatos novelados acerca de otras culturas, y de la prensa local) son «de relativo valor» para unos⁸¹ y cuestionables para otros⁸²; otras, sin embargo, concitan mayor atención y

⁷⁹ OZOUF, J. y M.; AUBERT, V. y STEINDECKER, C.: *La république des instituteurs*, París, Gallimard. Le Seuil, 1992. Para Alemania e Italia, respectivamente: BÖLLING, R.: *Volkschullehrer und Politik*, Göttingen, 1978, y DEI, M.: *Collecto bianco, grembiule nero. Gli insegnanti elementari italiani tra l'inizio del secolo e il secondo dopoguerra*, Bologna, 1994 (citados en COMP RE, Marie-Madeleine: *L'Histoire de l'éducation en Europe. Essai comparatif sur la façon dont elle s'écrit*, París, Peter Lang. Institut National de Recherche Pédagogique, 1995, pp. 250-252).

⁸⁰ Las formas de sociabilidad han manifestado su gran importancia para las investigaciones sobre la vida cotidiana: «Son las culturas asociativas y las prácticas en cierta medida formalizadas de las relaciones interpersonales, las más adecuadas para compendiar el análisis tanto de aspectos de historia social como de la cultura y la vida de sociedad, esto es, el complejo de las ocasiones informales y de las redes asociativas, a menudo institucionalizadas, en el marco de relación entre los individuos, dentro y entre los grupos» (RIDOLFI, Maurizio: «Lugares y formas de la vida cotidiana...», pp. 97-98).

⁸¹ FOLGUERA, Pilar: «La construcción de lo cotidiano durante los primeros años del franquismo», *Ayer*, 19 (1995), p. 165.

⁸² Cuestionables sobre todo si no se interpretan desde nuevas maneras (WALTON, John K.: «Aproximaciones a la historia de la vida cotidiana...», pp. 22-23).

dedicación, como las fuentes orales (historias de vida⁸³, entrevistas) y las escritas: cartas⁸⁴, autobiografías⁸⁵ —que permiten al historiador reconstruir las vidas individuales y seguir las evoluciones en la configuración de la identidad de los sujetos históricos—, memorias y diarios⁸⁶ que hacen posible visitar la cotidianeidad de la escuela, sobre cuya utilidad también se ha discutido mucho pero que, sin embargo, como señala Walton, «son fuentes cualitativas que nos ayudan a recuperar la textura de la vida cotidiana de los individuos, y nos ofrecen vías esenciales en el análisis de las cambiantes definiciones y modelos de representación de la propia identidad»⁸⁷. En estas y otras fuentes de las que se vale la historia de la vida cotidiana, encuentra la historia de la educación un valioso y variado instrumento con el que abordar un vasto territorio temático al que se está dedicando con notable fortuna, como lo muestran algunos hallazgos de la historiografía educativa internacional⁸⁸ y como se puso de manifiesto, por ejemplo, en el XII Coloquio Nacional de Historia de la Educación sobre *Etnohistoria de la Escuela*. Participando del auge de los recursos de la historia oral y de la literatura autorreferencial, la historia de la

⁸³ Sus posibilidades han sido puestas de manifiesto por SUÁREZ PAZOS, Mercedes: «Historias de vida y fuente oral: los recuerdos escolares», en ESCOLANO BENITO, Agustín y HERNÁNDEZ DÍAZ, José María (coords.): *La memoria y el deseo. Cultura de la escuela y educación deseada*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2002, pp. 107-133.

⁸⁴ Véase GRAGG, Rod: *From Foxholes and Flight Decks. Letters Home from World War II*, Nueva York, St. Martin's Press, 2002; HANNA, Martha: «A Republic of Letters: The Epistolary Tradition in France during World War I», *The American Historical Review*, vol. 108, n.º 5 (2003), pp. 1309-1338; CAFFARELLA, Fabio: *Lettera dalla Grande Guerra. Scripture del quotidiano, monumenti della memoria, fonti per la storia. Il caso italiano*, Milán, Unicopli, 2005; CROCI, Federico: *Scrivere per non morire. Lettere della Grande Guerra del soldato bresciano Francesco Ferrari*, Génova, Marietti, 1992; CERVERA GIL, Javier: *Ya sabes mi paradero. La guerra civil a través de las cartas de los que la vivieron*, Barcelona, Planeta, 2005; RAMÓN, Manuel de y ORTIZ, Carmen: *Madrina de guerra. Cartas desde el frente*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2003; SIERRA BLAS, Verónica y CASTILLO GÓMEZ, Antonio: *Letras bajo sospecha. Escritura y lectura en centros de internamiento*, Gijón, Trea, 2005...

⁸⁵ Objeto de atención reciente por POZUELO YVANCOS, José María: *De la autobiografía. Teoría y estilos*, Barcelona, Crítica, 2005, y BOLÍVAR, A.; DOMINGO, J. y FERNÁNDEZ, M.: *La investigación biograficonarrativa en educación. Enfoque y metodología*, Madrid, La Muralla, 2001.

⁸⁶ De los que se ha ocupado en varias ocasiones Antonio VIÑAO: «Autobiografías, memorias y diarios como fuente histórico-educativa: tipología y usos», *Sarmiento. Anuario Galego de Historia da Educación*, n.º 3 (1999), pp. 223-258 (también en RUIZ BERRIO, Julio [ed.]: *La cultura escolar en Europa. Tendencias históricas emergentes*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 169-204); «Relatos y relaciones autobiográficas de profesores y maestros», en ESCOLANO BENITO, Agustín y HERNÁNDEZ DÍAZ, José María (coords.): *La memoria y el deseo...*, pp. 135-175, y «Memoria escolar y guerra civil: autobiografías, memorias y diarios de maestros y maestras», *Cultura Escrita & Sociedad*, n.º 4 (2007) (en prensa).

⁸⁷ WALTON, J. K.: «Aproximaciones a la historia de la vida cotidiana en Inglaterra 1850-1940»..., p. 27.

⁸⁸ GROSVENOR, I.; LAWN, M. y ROUSMANIERE, K. (eds.): *Silences & Images. The Social History of Classroom*, Nueva York, Peter Lang, 1999, han actuado como editores de una serie de trabajos sobre la historia social del aula, realizados, sobre todo, con imágenes, cartas, diarios e historias de vida, entre otras fuentes, y orientados, de un modo especial, al análisis de las prácticas escolares. De la vida cotidiana y prácticas escolares trata también el libro coordinado por DEPAEPE, Marc (coord.): *Order in Progress. Everyday Education Practice in Primary Schools Belgium, 1880-1970*, Leuven, Leuven University Press, 2000, pero utilizando en este caso sobre todo la información suministrada por los mismos maestros a través de la prensa pedagógica y profesional del magisterio belga. La vida cotidiana de la escuela, en este caso argentina, es abordada por GVIRTZ, Silvina y AUGUSTOWSKY, Gabriela: *Imágenes de nuestra escuela. Argentina 1900-1960*, Buenos Aires, Santillana, 2002, donde estudian aspectos propios del enfoque historiográfico que nos ocupa, como la entrada a la escuela, las clases, los recreos, la «copa de leche», la salud en la escuela, los días especiales en la vida escolar, los libros escolares, el cuaderno de clase, útiles y materiales de los escolares, etc.

educación española se ha visto enriquecida por una sorprendente producción bibliográfica de gran importancia para el conocimiento y comprensión de la vida cotidiana de la escuela. Así, cabe destacar las numerosas investigaciones que abordan la vida cotidiana de los maestros y el entendimiento que tenían de sus prácticas⁸⁹, los materiales que aportan los diarios⁹⁰, las autobiografías⁹¹ e historias de vida⁹², los recuerdos escolares⁹³, las recreaciones pedagógicas⁹⁴, las vivencias⁹⁵ o las memorias⁹⁶. A estos materiales hay que añadir otros que, formando parte de la cultura material de la escuela, pueden constituir un considerable potencial al conocimiento y comprensión de la cotidianidad escolar, como los cuadernos escolares, que presentan, sin embargo, una previsible homogeneidad⁹⁷ y, en algunos casos, el riesgo de decantar la información de acuerdo con la finalidad para la que fueron escogidos, lo que, a fin de cuentas, puede ser la razón de que hayan llegado hasta nosotros⁹⁸.

La inserción de la historia política en el campo de las representaciones y de los mitos que, como hemos dicho, la conecta con la historia de la vida cotidiana⁹⁹,

⁸⁹ Véanse, por ejemplo, JUAN BORROY, Víctor M.: *Mitos, creencias y mentalidades del magisterio aragonés del primer tercio del siglo XX*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», Diputación de Zaragoza, 1998, y EZPELETA AGUILAR, Fermín: *Crónica negra del magisterio español*, Madrid, Grupo Unisón, 2001.

⁹⁰ De la mucha literatura sobre este género citaremos sólo a SÁNCHEZ ARBÓS, María: *Mi diario*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 2000, con prólogo de su hija, Elvira Ontañón, y un estudio introductorio a cargo de Víctor M. Juan Borroy y Antonio Viñao, reeditado en 2006 por el Gobierno de Aragón y Caja Inmaculada con inclusión de otros escritos de esta notable maestra; ALMENDROS, Herminio: *Diario de un maestro exiliado (Barcelona, 1939-La Habana, 1940)*, Valencia, Pre-Textos, 2005; y MANJÓN, Andrés: *Diario del Padre Manjón, 1895-1923*, Madrid, BAC, 2003...

⁹¹ Como las de FORNAGUERA, Miquel: *Fugida!*, Barcelona, PPU, 2000, o CALPE CLEMENTE, Vicente: *Vivencias* (ejemplar mecanografiado), s.a., entre otras.

⁹² De las que son muestra sendos libros: CREMADES, Raúl: *Nadie olvida a un buen maestro*, Madrid, Espasa Calpe, 1999 y CRESPO SANSANO, Miguel (coord.): *Hemos aprendido a lo largo de la vida*, Murcia, Asociación Cultural «Escuela Equipo», 2001.

⁹³ Por ejemplo: MIGUEL, Amando de: *Cuando éramos niños*, Barcelona, Plaza & Janés editores, 2001, y LOMAS, Carlos (ed.): *La vida en las aulas. Memoria de la escuela en la literatura*, Barcelona, Paidós, 2002...

⁹⁴ MEDIO, Dolores: *Diario de una maestra*, Barcelona, Destino, 1961; ALDECOA, Josefina R.: *Historia de una maestra*, Barcelona, Anagrama, 1990; ESTEVE, José M.: *El árbol del bien y del mal*, Barcelona, Octaedro, 1998; GALLEGO, María Teresa: *Memoria entre el azul y el rojo*, Huerga y Fierro Editores, 1998; ESLAVA GALÁN, Juan: *Escuela y prisiones de Vicentito González*, Barcelona, Muchnik editores, 2000.

⁹⁵ MARQUÈS, Salomó: *L'escola a Catalunya durant el segle XX. El testimoni de les germanes Macau Julià*, Girona, Lleure, 2001.

⁹⁶ HERNÁNDEZ RUIZ, Santiago: *Una vida española del siglo XX. Memorias (1901-1988)*, Zaragoza, ICE de la Universidad de Zaragoza, 1997; ZULUETA, Carmen de: *La España que pudo ser. Memorias de una institucionista republicana*, Murcia, Universidad de Murcia, 2000; CANDEL, Francesc: *Les meves escoles*, Barcelona, Columna edicions, 1997...

⁹⁷ GVIRTZ, Silvina: *El discurso escolar a través de los cuadernos de clase. Argentina (1930-1970)*, Buenos Aires, Eudeba, 2000.

⁹⁸ Sería el caso, por ejemplo, de los cuadernos escolares que los maestros y maestras depuradas adjuntaran a su pliego de descargos con la intención de mostrar prácticas escolares apropiadas al gusto de los censores (véanse los trabajos de DEL POZO ANDRÉS, M.ª del Mar y RAMOS ZAMORA, Sara: «Los cuadernos de clase como representaciones simbólicas de la cultura escrita escolar», en VV.AA.: *Etnohistoria de la escuela*, Burgos, Universidad de Burgos, 2003, pp. 653-664; «Ir a la escuela en la guerra: el reflejo de la cotidianidad en los cuadernos escolares», *Cultura Escrita & Sociedad*, n.º 4 [2007], en prensa).

⁹⁹ Maurice AGULHON, en *Histoire vagabonde*, París, Gallimard, 1988, establece lazos de conexión entre ambas historias.

provee a su campo temático de las enormes posibilidades que, por ejemplo, se desprenderían del estudio del discurso oral o escrito, iconográfico o simbólico (emblemas, escudos, sellos, lemas, iconografía, estatuaria, fiestas y ceremonias...), útiles para aprehender las representaciones de los distintos grupos, representaciones que hablan de su estructuración, de su identidad y de sus comportamientos políticos. Sabemos que los lugares, los símbolos, las fiestas, los monumentos, etc., son elementos donde «cristalizan la conciencia nacional y política»¹⁰⁰, por lo que el poder político intentará apropiárselos para organizarlos a su conveniencia. Lo mismo que procurará hacer con la memoria de los hechos sucedidos y con la opinión tanto privada como pública, generadora de una determinada cultura política.

c. *La memoria*

En opinión de Pascal Balmard, que comparto, un campo especialmente fecundo para la historia política, como en parte acabamos de decir, es el que nace de la relación entre memoria, imagen y política¹⁰¹. El artículo que sobre la memoria encontrará el lector en la sección monográfica de este mismo número me obliga a no detenerme en ello. Me contentaré con recalcar su carácter de instrumento de dominio en tanto que puede ser manipulada al servicio de intereses partidistas o utilizada para alimentar ilusiones¹⁰². Es evidente la existencia de una política de la memoria y del olvido, porque ambos, memoria y olvido —como decía en otro lugar—¹⁰³, tienen mucho que ver con la constitución de la identidad personal y colectiva, y ello no sólo porque vivamos en un tiempo que tiene entre sus peligros la disolución de la identidad en la homogeneidad y en la uniformidad, sino sobre todo porque la memoria —como representación del pasado, como conjunto de experiencias vividas en común por un grupo social— es fuente de identidad y de cohesión social y confiere sentido de pertenencia a una comunidad a la que vertebra. No en vano lo que hace que una colectividad se reconozca como tal, es decir, aquello que comparten sus miembros y que la identifica (etnia, religión, cultura...), es tenido muy en cuenta por los nacionalismos. Por esto se reclama también la recuperación de la memoria, y por eso mismo el empeño denodado e interesado a lo largo del tiempo de ponerla al servicio de una nueva idea de patria o de nación¹⁰⁴. Esto explica el interés que ofrece la manipulación de la memoria, la

¹⁰⁰ BALMAND, Pascal: «La renovación de la historia política»..., p. 265. Recuerda Marie-Madeleine COMPÈRE el auge del inventario de lugares (nombres de calles, inscripciones conmemorativas indicando quién nació, vivió o murió en esa u otra casa) que son manifestaciones de las ideologías y del poder con los que se tropiezan los alfabetizados del tipo que sean (*L'Histoire de l'éducation en Europe. Essai comparatif sur la façon dont elle s'écrit*, París, Peter Lang. Institut National de Recherche Pédagogique, p. 143).

¹⁰¹ BALMAND, Pascal: «La renovación de la historia política»..., p. 264.

¹⁰² DUBY, George: *Diálogo sobre la historia*, Madrid, Alianza editorial, 1988, p. 75.

¹⁰³ FERNÁNDEZ SORIA, Juan Manuel: «Usos y dimensión moral de la memoria y el olvido en la historia de la educación», *Sarmiento, Anuario galego de Historia da Educación*, n.º 10 (2006), pp. 25-58.

¹⁰⁴ Se ha corroborado la relación existente entre la identidad (étnica, nacional y política) con el recuerdo libre del pasado y los procesos del recuerdo, confirmando que la «identidad social se asocia a un recuerdo y olvido selectivo de hechos históricos» (DARÍO PÁEZ y otros: «Identidad, comunicación y memoria colectiva», en ROSA RIVERO, Alberto; BELLELLI, Guglielmo y BAKHURST, David [eds.]: *Memoria colectiva e identidad nacional*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 399 y 407).

individual y la colectiva, de gobernarla con arreglo a intereses ilegítimos¹⁰⁵. Independientemente de que la eclosión memorialista obtenga buena parte de sus razones fundamentales en la libertad, la dignidad, la propia identidad y la política buena¹⁰⁶, no es menos cierto que con ella la historia recupera «sus viejas funciones públicas de legitimación, remozadas y puestas al día con todos los recursos mediáticos y museísticos de la era audiovisual y es usada sin demasiados reparos ni escrúpulos [...]» por los gobiernos de uno u otro signo para autoidentificarse respecto al adversario político. Carreras Ares y Forcadell Álvarez creen que mientras la actual derecha española buscó interesadamente su identificación histórica con el liberalismo conservador, el actual socialismo español parece haber descubierto «la utilidad de promover unas construcciones del pasado, desde el exilio hasta las formas de la represión franquista [...] coincidiendo ahora con el trabajo de numerosos estudiosos e investigadores»¹⁰⁷, entre los cuales destacan quienes se dedican a la historia de la educación, cuya producción en este particular territorio es no sólo ingente sino también de enorme valía; bastaría para demostrarlo hacer lo que este espacio no nos permite, es decir, dar cuenta de los muchos estudios, tesis doctorales y proyectos de investigación financiados que han abordado la represión del profesorado español¹⁰⁸ y el exilio pedagógico¹⁰⁹.

¹⁰⁵ Véanse FERNÁNDEZ SORIA, Juan Manuel: «Incautación y rectificación de la memoria escolar», en ESCOLANO BENITO, Agustín y HERNÁNDEZ DÍAZ, José María (coords.): *La memoria y el deseo...*, pp. 67-106; VIÑAO, Antonio: «La memoria escolar: Restos y huellas, recuerdos y olvido», en *Homenaje al Profesor Alfonso Capitán*, Murcia, Universidad de Murcia, 2005, pp. 739-758.

¹⁰⁶ Véase FERNÁNDEZ SORIA, Juan Manuel: «Usos y dimensión moral de la memoria y el olvido...».

¹⁰⁷ CARRERAS ARES, Juan José y FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos: «Historia y política: los usos...», en *Usos públicos de la Historia...*, pp. 36-37.

¹⁰⁸ A los trabajos en su día pioneros, por los modos de análisis empleados, de CRESPO REDONDO, Jesús y otros: *Purga de maestros en la Guerra Civil. La depuración del Magisterio nacional de la provincia de Burgos*, Valladolid, Ámbito, 1987; de MORENTE VALERO, Francisco: *La escuela y el Estado Nuevo. La depuración del Magisterio Nacional (1936-1943)*, Valladolid, Ámbito, 1997, y de FERNÁNDEZ SORIA, Juan Manuel y AGULLÓ DÍAZ, M.ª Carmen: *Maestros valencianos bajo el Franquismo. La depuración del Magisterio (1939-1944)*, Valencia, Edic. Alfons El Magnànim, 1999, habría que añadir muchos otros referidos a León, Las Palmas, Guipúzcoa, Málaga, Murcia, Toledo, Segovia, Cádiz, Castilla La Mancha, Cataluña, País Vasco, Galicia, Baleares, Navarra, etc. La represión del profesorado de Instituto está dando ya sus frutos, como lo evidencia el estudio realizado con una muestra de ámbito nacional por GRANA GIL, Isabel y otros: *Controlar, seleccionar y reprimir: la depuración del profesorado de Instituto en España durante el franquismo*, Madrid, Instituto de la Mujer, 2005. El profesorado universitario ha sido también objeto de investigación (véase CLARET MIRANDA, Jaume: *La repressió franquista a la Universitat catalana. La Universitat de Barcelona Autònoma, de la segona República al primer franquisme*, Vic, Eumo Editorial/Institut Municipal d'Història Jaume Vicens i Vives, 2003. Este mismo autor defendió en 2004 su Tesis Doctoral abordando el mismo tema a nivel de todo el Estado español: *La repressió franquista a la universitat espanyola* [en prensa por la Edit. Crítica]. Este tema está dando sus primeros estudios comparados (MORENTE VALERO, Francisco: «La universidad en los regímenes fascistas: la depuración del profesorado en Alemania, España e Italia», *Historial Social*, 54 [2006], pp. 51-72).

¹⁰⁹ Véanse, por ejemplo, los trabajos de MARQUÈS SUREDA, Salomó: *Maestros catalanes del exilio*, México, Colegio de Jalisco/Generalitat de Catalunya, 2003; MARQUÈS SUREDA, Salomó y MARTÍN FRECHILLA, Juan José: *La labor educativa de los exiliados españoles en Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2002; LOZANO, Claudio (ed.): *1939, el exilio pedagógico. Estudios sobre el exilio pedagógico republicano español de 1939*, Barcelona, PPU, 2004; MANCEBO, M.ª Fernanda; BALDÓ, Marc y ALONSO, C. (eds.): *L'exili cultural de 1939. Seixanta anys després*. Actas del Congreso Internacional (Valencia, 2001), Valencia, Universitat de València, 2001, 2 t.; *Los Colegios del exilio en México*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2005...

La memoria no sólo es un componente de esa «alquimia compleja» que constituye la cultura política, sino también el lugar, en tanto que pasado revisitado, en el que se deposita y transmite esa cultura política. Tal vez fuera ésta una de las razones que llevaron a Jean-François Sirinelli a sostener que el renacimiento de la historia política se produciría en realidad si investigaba con provecho la cultura política, el campo de estudio que mejor expresa lo novedoso en la historia política¹¹⁰.

d. *La cultura política*

El concepto moderno de cultura política, que arranca de las décadas de los años cincuenta y sesenta y se abandona en las dos siguientes, se revitaliza con fuerza a finales de los años ochenta y primeros noventa debido al interés que provocó la caída de los regímenes comunistas y lo sugerente de asistir a la reconstrucción de la democracia en Rusia y los países del Este, así como también al deseo de comprender el proceso de las transiciones políticas de regímenes autoritarios a otros democráticos. Pero este resurgimiento no se ha producido sin problemas. El fundamental tiene como centro la delimitación del concepto de cultura política, que se inició con el paradigma pluralista, representado por Almond y Verba¹¹¹, apoyado en los postulados de Talcott Parsons sobre la importancia de los valores como fundamento de la acción social. Almond y Verba definían la cultura política como los sentimientos subjetivos, actitudes y consiguientes acciones de los individuos hacia los asuntos políticos; creyeron que así se caracterizaban las orientaciones políticas individuales y colectivas, o sea los valores, en un sistema político. De este modo, la cultura política estaría destinada a consolidar las actitudes políticas y los factores psicológicos subyacentes (valores, creencias, sentimientos, afectos, predisposiciones, etc.) llamados a configurar la vida cívica y la conducta política, en función de las cuales se explicaba la estabilidad o inestabilidad social y democrática, así como el mantenimiento del orden político¹¹². Esta concepción parsoniana de la cultura política fue duramente criticada desde la sociología histórica¹¹³, por no tener en cuenta otros elementos de mediación, como los sociales y económicos. Aunque la diatriba al paradigma parsoniano puede ser valiosa para los análisis sociológicos de las políticas actuales que no admiten que la estabilidad o inestabilidad de un sistema político se base sólo en las actitudes y valores subjetivos dejando sin campo de influencia a la sociedad misma y sus estructuras, ni a la cultura como no derivada del sistema social, sin embargo, al historiador de la educación sí le interesa conocer esos valores, actitudes y orientaciones de las que habla el paradigma que sigue el esquema normativo de Parsons, porque dicen mucho sobre

¹¹⁰ SIRINELLI, Jean-François, «El retorno de lo político»..., pp. 30-33.

¹¹¹ ALMOND, Gabriel y VERBA, Sydney: *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton, Princeton University Press, 1963.

¹¹² Cfr. ROSENBAUM, W. A.: *Political Culture*, Nueva York, Praeger, 1975, pp. 4 y 6.

¹¹³ Siendo especialmente contundente la crítica de Margaret Somers que despoja al concepto cultura política precisamente de esas características, la cultural y la política, siendo más social que cultural y más antipolítico (privado) que político (público y común) (SOMERS, Margaret R.: «¿Qué hay de político o de cultural en la nueva cultura política y en la esfera pública? Hacia una sociología histórica de la formación de conceptos», *Zona Abierta*, 77-78 [1996/1997], pp. 39-51, inicialmente publicado en *Sociological Theory*, 13 [1995], pp. 113-142).

la cohesión social y política en un momento dado de la historia. Coincidimos, sin embargo, no sólo con Margaret R. Somers cuando argumenta que la cultura política entendida al modo parsoniano no puede ser la única variable interviniente sobre el sistema social en el logro de un resultado político —pues en éste juegan un papel considerable otros factores, como los sociales y económicos— sino también con los defensores del paradigma de las preferencias que, superando el individualismo de los intereses que mueven a la elección política, introducen en esa elección la relación social y el deseo común¹¹⁴. Pero la evolución del concepto de cultura política (y creo que es aquí donde reside su principal novedad e interés para la historia política, pues la inserta en la duración histórica) ha recibido influencias que van desde la antropología hasta la lingüística, lo que le ha llevado a interesarse por fenómenos que tienen que ver con la cultura política, como los imaginarios y las representaciones sociales (por ejemplo, la percepción que los distintos grupos sociales tienen de ellos o de los problemas sociales y sus fundamentos), o el análisis de prácticas, actividades e ideas políticas vistas como sistemas simbólicos con su propia lógica, lo que establece estrechas conexiones entre la nueva cultura política y la nueva historia cultural. Ejemplo de este nuevo rumbo son sendos estudios sobre la Revolución Francesa, uno de François Furet¹¹⁵ que se aleja de la interpretación marxista o social para centrarse en el impacto y el significado del nuevo lenguaje político republicano, y otro de Lynn Hunt¹¹⁶ que estudió la iconografía utilizada en las manifestaciones, el contenido cambiante del calendario revolucionario, la capacidad del lenguaje para crear nuevas formas de modales revolucionarios (el uso del tú, o del ciudadano/a), los cambios en las reglas del comportamiento político y las nuevas prácticas simbólicas como la coreografía de los festejos públicos, el uso de la escarapela tricolor o la gorra roja de la libertad, símbolos de igualdad y fraternidad. Para Hunt todos estos elementos «deben ser vistos como formas políticas, y politizantes, de vida —tan importantes para conferir sentido al proceso revolucionario como las clases, los intereses sociales y el Estado»¹¹⁷.

¹¹⁴ El triunfo que en la década de los setenta obtiene el análisis económico de la sociedad y de la política sostiene que los criterios que guían las acciones políticas de los individuos obedecen al deseo de maximizar sus beneficios, económicos o de cualquier otra índole; es la teoría de la «elección racional» que se refiere siempre a individuos singulares, siendo, por tanto, difícil concebir la acción colectiva. Aunque este paradigma introduce nuevos factores de mediación aparte de los puramente subjetivos, sin embargo, no resuelve la individualidad en la acción social y política, cosa que sí hace el paradigma de las preferencias que entiende que los intereses que mueven a la acción no son individuales sino producto de las relaciones sociales que son la expresión del deseo sobre cómo deseamos vivir con los demás y cómo deseamos que los demás vivan con nosotros; así, toda elección, aunque sea individual, será una elección de cultura, de la cultura del grupo o de la institución, lo que implica que en el proceso de elección social o política el individuo ha construido su cultura (véase MORÁN, M.^a Luz: «Sociedad, cultura y política: continuidad y novedad en el análisis cultural», *Zona Abierta*, 77-78 [1996/1997], pp. 1-29).

¹¹⁵ FURET, François: *Pensar la Revolución francesa*, Barcelona, Petrel, 1980. Véase al respecto BAKER, Keith Michel: «El concepto de cultura política en la reciente historiografía sobre la Revolución Francesa», *Ayer*, 62 (2006), pp. 89-110.

¹¹⁶ HUNT, Lynn: *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1984.

¹¹⁷ SOMERS, Margaret R.: «¿Qué hay de político o de cultural...?», p. 62. También BURKE, Peter: *¿Qué es la historia cultural?*, Barcelona, Paidós, 2006, p. 129.

¿Cómo definir, pues, la noción de «cultura política»? La evolución de los distintos paradigmas desde la irrupción de la *Civic Culture* ha ido llenando de contenido al concepto de tal modo que se puede aceptar sin reparo alguno concretarlo como el conjunto de significados, códigos o representaciones de la vida política que un grupo social comparte y en los que se reconoce y se esfuerza por transmitir. Con mayor abundancia expresiva, que tiene la virtud de sugerir temas de estudio para el historiador de la educación, Serge Berstein define la cultura política como «un sistema de referencias en el que se reconocen los miembros de una familia política, recuerdos históricos comunes, héroes consagrados, textos fundamentales (aunque no se lean), símbolos, banderas, fiestas, vocabulario codificado, etc.», sin olvidar la importancia fundamental de los ritos¹¹⁸, en los que se incluye la sociabilidad, aunque ésta no tiene que ser necesariamente ritualizada¹¹⁹. Los cambios sociopolíticos se explicarán, pues, en función no sólo de los valores, percepciones o ideas políticas, sino también teniendo en cuenta los aspectos culturales.

Indudablemente la cultura política está llamada a ser transmitida, una actividad esta en la que juegan un papel esencial las formas de sociabilidad, institucionalizadas o no, y las instituciones educativas. Las formas de sociabilidad, es decir, «los lugares, razones y maneras de congregarse los hombres, ya sean éstas informales o formalizadas, públicas o privadas, compuestas por miembros de un solo sexo o mixtas», constituyen el marco donde se evidencia mejor el proceso de aprendizaje de lo político, que acontece tanto en lugares de sociabilidad informales (tertulias, tabernas, romerías...) como formalizados (sociedades económicas o patrióticas, cofradías, logias masónicas, círculos obreros y mercantiles, ateneos, casinos, partidos, sindicatos, cooperativas, asociaciones filantrópicas de todo tipo, de ayuda mutua, de lectura, musicales, de beneficencia, etc.)¹²⁰. Las redes de sociabilidad han sido objeto de una dedicación extensa entre los historiadores como muestran las muchas investigaciones que sobre estos lugares se han dado a conocer, desde las que han tenido como objeto de estudio las sociedades educativas y culturales, las bibliotecas populares y de centros obreros¹²¹, hasta las Sociedades Económicas de Amigos del País y Ateneos, por ejemplo¹²², aunque a menudo se hayan hecho más

¹¹⁸ Cit. en MINA, M.^a Cruz: «En torno a la nueva historia política...», p. 73.

¹¹⁹ Caracterización que comparte Jean-François SIRINELLI («El retorno de lo político»..., pp. 30-31).

¹²⁰ GUERRA, François-Xavier: «El renacer de la historia política: razones y propuestas»..., p. 239. Jacques MAURICE ha dado a conocer en un importante trabajo algunas «Propuestas para una historia de la sociabilidad en la España contemporánea», *Estudios de Historia Social*, 50-51 (1989), pp. 133-134. En este mismo número (pp. 273-305) Jean-Louis GUEREÑA proporciona algunas «Fuentes para la historia de la sociabilidad en la España contemporánea». Aquí también se incluyen varias colaboraciones sobre la sociabilidad popular y obrera: tabernas, fiestas, círculos de instrucción y recreo, casinos... Jean Louis GUEREÑA amplía una colaboración aparecida en este número en su libro *Sociabilidad, cultura y educación en Asturias bajo la Restauración (1875-1900)*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 2005. Algunas formas y lugares de sociabilidad popular que vinculan la historia de la educación con la de la cultura y la historia social fueron dadas a conocer en el Coloquio hispano francés celebrado en 1989: *Clases populares, cultura, educación. Siglos XIX y XX*, Madrid, Casa de Velázquez y UNED.

¹²¹ Que pueden verse, por ejemplo, en ESCOLANO, Agustín (dir.): *Leer y escribir en España. Doscientos años de alfabetización*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1992.

¹²² Es considerable el número de estudios sobre los Ateneos, ya sean expresión de la burguesía ya del movimiento obrero. Citamos sólo dos ejemplos: VILLACORTA BAÑOS, Francisco: *El Ateneo de Madrid (1885-1912)*, Madrid, CSIC, 1985; y SOLÀ I GUSSINYER, Pere: *Els Ateneus Obrers i la Cultura Popular a Catalunya (1909-1939). L'Ateneu Enciclopèdic Popular*, Barcelona, Edicions de La Magrana, 1978.

con el fin de biografiar estas instituciones que con el propósito de estudiar las prácticas culturales de sociabilidad desarrolladas en ellas; no obstante, en algunas investigaciones recientes es ya visible un giro en la forma de historiar estas agencias de sociabilidad acorde con la indagación en las prácticas cotidianas de socialización que aseguran la cohesión del grupo, el sentimiento de pertenencia a él de sus miembros y la conformación de los procesos de identidad del grupo¹²³.

Por otro lado, es una obviedad señalar a las instituciones escolares como instancias de transmisión de la cultura política. No insistiremos en esta línea de trabajo que, por lo demás, está dando espléndidos resultados¹²⁴, sobre todo desde la manualística —en cuya génesis, control y difusión confluyen las motivaciones pedagógicas y políticas; desde el punto de vista político interesaba transmitir, y controlar que así fuera, los valores que habían de conformar al futuro ciudadano—¹²⁵ aunque también desde otras líneas novedosas de estudio como la que supone indagar en las distintas concepciones del espacio escolar como creadoras de valores políticos y ciudadanos. Tal sería el caso, por ejemplo, de algunas investigaciones sobre las escuelas lancasterianas, que descubren en su concepción espacial la conformación de ciudadanos adaptados a la nueva sociedad estimulando la imaginación espacial —entendida como el hábito de pensar las relaciones sociales en términos físicos— de los republicanos norteamericanos. El espacio en las escuelas lancasterianas ejercería una influencia somática sobre las facultades morales y los valores humanos susceptible de ayudar en la construcción del ciudadano republicano¹²⁶.

Pero sabemos que la educación política no tiene lugar sólo desde las instituciones escolares, sino que también se produce desde ámbitos informales, como la literatura popular, donde contamos con aportaciones muy sugerentes que han investigado la difusión de valores y modos de comportamiento deseables en lo social y político¹²⁷. Quisiéramos recordar aquí también, como un campo de trabajo de la nueva historia política estrechamente relacionado con la cultura política que ahora nos ocupa y, en cierto modo relacionado con lo que acabamos de mencionar, la politización que sufrió la cultura popular, o la extensión que conoció la conciencia política, en la Europa de 1500 a 1800, a través de una serie de huellas

¹²³ Sendas investigaciones de Javier NAVARRO siguen este enfoque: *Ateneos y grupos ácratas. Vida y actividad cultural de las asociaciones anarquistas valencianas durante la Segunda República y la Guerra Civil*, Valencia, Universitat de València, 2002, y *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano, 1931-1939*, Valencia, Universitat de València, 2004.

¹²⁴ Véase en el libro de MAYORDOMO, Alejandro: *El aprendizaje cívico*, Ariel, 1998, la parte histórica en la que se hace un recorrido a través de las intenciones y prácticas escolares en la conformación de ciudadanos.

¹²⁵ ESCOLANO BENITO, Agustín: «La codificación de la primera manualística», en ESCOLANO BENITO, A. (dir.): *Historia ilustrada de la escuela en España. Dos siglos de perspectiva histórica*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2006, p. 220. Afortunadamente es ingente la producción sobre los manuales escolares; mencionaré sólo por su relación con el tema que abordamos aquí los trabajos contenidos en TIANA FERRER, Alejandro: *El libro escolar, reflejo de intenciones políticas e influencias pedagógicas*, Madrid, UNED, y PUELLES BENÍTEZ, Manuel de: «Estudio preliminar: política, legislación y manuales escolares (1812-1939)», en VILLALAIN, J. L.: *Manuales escolares en España. Legislación (1812-1939)*, Madrid, UNED, 1997.

¹²⁶ UPTON, Dell: «Écoles lancasteriennes, citoyenneté républicaine et imagination spatiale en Amérique au debut du XIX^e siècle», *Histoire de l'Éducation*, 102 (2004), pp. 90 y 110.

¹²⁷ Ana MARTÍNEZ ARANCÓN acaba de dar a conocer sus estudios sobre el particular en *La ciudadanía imaginada. Modelos de conducta cívica en la novela popular de la segunda mitad del siglo XIX*, Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2006.

que sugieren al historiador otras tantas líneas de investigación. «La educación política del hombre común» —refiere Peter Burke en su libro canónico *La cultura popular en la Europa moderna*—¹²⁸ de la que surgió una opinión pública hacia los asuntos de Estado, se hizo visible a través de una multitud de vestigios todos sugerentes para el estudioso de la historia político-cultural: canciones, grabados, panfletos políticos, medallas, platos con leyendas políticas, efigies de personajes políticos, sátiras, baladas, sermones, periódicos, libretos populares, lecturas colectivas, catecismos, conversaciones de café, almanaques, mítines, rituales políticos, etc. Lo cual, ciertamente, no hace otra cosa que poner de manifiesto la importancia de lo cultural en el estudio de la historia política: símbolos, mitos, lenguajes, rituales y visiones del mundo, formación de discursos ante los problemas políticos, estrategias de acción para orientar la acción política, el impacto de los recursos culturales y su impacto en la movilización colectiva, el análisis de las formas de movilización y de los procesos de formación de las identidades colectivas, etc., constituyen un variadísimo material para el interesado en el estudio de la historia política¹²⁹.

4. Epílogo. Viejos territorios temáticos desde nuevas perspectivas

Si el campo de la cultura política plantea dificultades de delimitación, no sucede lo mismo con algunos temas tradicionales en la investigación histórico-política. Así, aunque con bríos renovados, siguen siendo visitados por el estudioso la historia de los intelectuales, de las ideas políticas y de las instituciones, entre otros campos propios de la historia política que ahora son analizados de manera menos restrictiva como corresponde a la amplitud de lo político. No podremos abordar ni siquiera con detalle los campos de estudio enunciados, por lo que sólo se enunciarán algunas de las direcciones que siguen los trabajos a ellos dedicados.

La conexión que se produce entre los intelectuales y la política ha marcado un territorio de investigación en torno a la producción y fijación de los elementos que conforman las culturas políticas. Esto nos llevaría a considerar —lo que no haremos— las relaciones del intelectual con la prensa y los medios de comunicación en general, sector este de los más nuevos y olvidados de la historia política, aunque siempre atraído por su valor para medir la importancia de la representación que una sociedad política tiene de ella misma, por la influencia de los media en la opinión pública y en los comportamientos políticos¹³⁰, y por su poder de convertir un acontecimiento en político, condición esta que no se adquiere por naturaleza sino por el eco que provoca en una colectividad, algo en lo que los medios de comunicación juegan un papel indiscutible¹³¹. Considerando intelectual a quien trabaja con bienes espirituales o simbólicos, toma una posición crítica respecto a las cuestiones que conmueven a la sociedad y alcanza con su trabajo la suficiente notoriedad social como para ser favorecido, utilizado o perseguido por otros sectores e

¹²⁸ BURKE, Peter: *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza, 2005 (1.ª ed. 1991), pp. 362-375.

¹²⁹ Vid. MORÁN, M.ª Luz: «Sociedad, cultura y política...», pp. 16-17 y 25.

¹³⁰ JEANNENEY, Jean-Noël: «Les médias», en RÉMOND, René (dir.): *Pour une histoire politique...*, pp. 185-198.

¹³¹ JULLIARD, Jacques: «La política...», p. 243.

instituciones¹³², la historia de los intelectuales permite introducirse en ese reducido mundo donde se establecen relaciones de influencia, como, por ejemplo, las ligazones que se tejen alrededor de la redacción de una revista o del consejo editorial de una empresa; entrar, por ejemplo, en los entresijos de una casa editorial¹³³, permite estudiar cómo se constituyen redes o estructuras en torno a las cuales se polarizan adhesiones y exclusiones, quizá signo de debates o de rupturas, pero que constituyen un observatorio de primera línea sobre la sociabilidad del microcosmos de los intelectuales, a la vez que un lugar valioso para analizar el movimiento de las ideas y sus pretensiones de imperio. Por otra parte, esclarecer cómo influyen unos intelectuales en otros (por ejemplo, en el caso de los fascismos europeos), por qué unas ideologías se aclimatan en un país y otras no, cómo influyen en la sociedad civil, cómo son asimiladas por la cultura política de su tiempo y qué relación existe entre ésta y las ideas transmitidas por los intelectuales, de quiénes proceden esas ideas y quién las lanza a la opinión pública, cuál es la responsabilidad de los intelectuales en la conformación de una determinada cultura política, etc., son algunas posibilidades más en el estudio de la historia de los intelectuales, aparte de otras que tienen como objeto de estudio al intelectual en la práctica de las profesiones modernas, es decir, lo que debaten en las ramas de su respectiva especialidad del saber¹³⁴.

Lo mismo que la historia de los intelectuales, la nueva historia de las ideas políticas se renueva descendiendo del Olimpo en el que sólo residen las grandes obras y los autores distinguidos para frecuentar también no sólo los pensadores de segunda fila, sindicalistas, candidatos políticos, novelistas, periodistas interesantes por su éxito o su carácter representativo, sino también esas otras formas vulgares en las que transitan los temas políticos, como los órganos de opinión, los mitos y estereotipos, los prejuicios o las creencias colectivas; le siguen interesando las grandes ideas y obras del pensamiento político, la «historia-galería», la historia de hombres-cima y de ideas-cumbre («histoire par les phares»), pero se percibe un ensanchamiento de su campo de acción, un deslizamiento hacia la historia de las mentalidades políticas, hacia el pensamiento indeliberado o, en palabras de

¹³² Ésta es la delimitación del intelectual que proporciona Jordi CASASSAS a la más genérica y casi omnicompreensiva que lo define como quien trabaja de manera especializada con bienes simbólicos («La historia de los intelectuales», en HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena y LANGA, Alicia: *Sobre la historia actual...*, p. 96).

¹³³ La línea de trabajo iniciada sobre el estudio de revistas, casas y sus proyectos editoriales está llamada a dar importantes frutos (véase MONTES MORENO, Soledad: *La Escuela Moderna. Revista pedagógica hispano-americana (1891-1934). La construcción del conocimiento pedagógico en España*, Barcelona, Ediciones Pomares, S.A., 2003; RUIZ BERRIO, Julio [dir.]: *La editorial Calleja, un agente de modernización educativa en la Restauración*, Madrid, UNED, 2002; CASTELLANO, Philippe: *Enciclopedia Espasa. Historia de una aventura editorial*, Madrid, Editorial Espasa Calpe, 2000).

¹³⁴ SIRINELLI, Jean-François: «Les intellectuels», en RÉMOND, René (dir.): *Pour une histoire politique...*, pp. 217 y 225-230, y PROCHASSON, Christophe: «Vingt ans d'Histoire politique en France»..., p. 213; CASASSAS, Jordi: «La historia de los intelectuales»..., pp. 102-103. Un estupendo análisis sobre la constitución de los intelectuales como tal grupo en el siglo XIX y primeras décadas del XX en Europa, su papel en la configuración del pensamiento moderno, su nivel de compromiso social y político, los espacios sociales en que desempeñan su actividad (enseñanza, literatura, prensa), sus relaciones con los movimientos populares, sus estrategias profesionales y la imagen social que generan, es estudiado por uno de los más reconocidos especialistas en el tema (CHARLE, Christophe: *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del pensamiento moderno*, Madrid, Siglo XXI, 2000).

Foucault, hacia la «filosofía espontánea», hacia las opiniones más que a los saberes, hacia los tipos de mentalidad más que hacia las formas de pensamiento, hacia las representaciones sociales más que hacia el estudio de ideas políticas intemporales. En resumen, las ideas políticas no son sólo las de los filósofos y los teóricos, sino también las de «monsieur Toulemonde», pues el historiador no se puede dejar llevar por los juicios de valor: «monsieur Toulemonde», cualquier hombre, le interesa tanto como la pequeña élite de quienes producen pensamiento político y de quienes lo consumen. Y es que una idea política puede estudiarse desde la larga duración valiéndose, por ejemplo, del estudio de los clichés, de los prejuicios, de las creencias colectivas, de los mitos, los eslóganes, las convicciones heredadas, la vulgarización de las grandes obras a través de los textos escolares, de la prensa, las canciones, los programas políticos, los discursos, los símbolos, manifiestos, etc., pues, como decimos, ideas políticas no son sólo las del gran hombre sino también las del hombre común¹³⁵. Y la historia de esas ideas se contempla en los procesos de aculturación política que se producen en la escuela, las revistas, las representaciones colectivas, las relaciones entre arte e ideología...

Si admitimos que la finalidad de la historia de las ideas políticas es conocer los sistemas de representación de las sociedades —la imbricación entre ideas políticas y cultura política es tan estrecha que suelen confundirse las líneas que pretenden su separación—¹³⁶ indudablemente caen bajo su foco de atención los aparatos de mediación y de producción de esas representaciones, entre ellos, claro es, la prensa, la escuela, la edición¹³⁷ o la Iglesia... Particularmente importante para la historia de las ideas políticas pedagógicas es el problema del laicismo y de las reivindicaciones confesionales, un tema que ejemplifica con nitidez la estrecha ligazón existente entre religión y política¹³⁸ que no sólo pone de manifiesto cómo las fuerzas religiosas forman parte del tejido político y explican la política tanto o mejor que los fenómenos socioeconómicos, sino que también evidencian las actitudes sociales en un territorio como el de las convicciones que tanta fuerza explicativa tiene, por ejemplo, a la hora de ver hasta qué extremo la pertenencia a una Iglesia modela las actitudes políticas y condiciona la política de un Estado¹³⁹, por más que René Rémond, pensando sin duda en la Francia de los años ochenta, creyera que hay cuestiones que ocuparon desde antiguo el centro de la vida política y salen ahora de ella, siendo —dice— la cuestión religiosa su ejemplo quizá más característico, tanto que «lo religioso ha salido casi por completo del campo político»¹⁴⁰. La historia reciente no ha hecho más que demostrar la inexactitud de esta apreciación, incluso para el caso francés. No sólo esto, Benedict Anderson¹⁴¹ ha sugerido la

¹³⁵ WINOCK, Michel: «Les idées politiques», en RÉMOND, René (dir.): *Pour une histoire politique...*, pp. 240-247.

¹³⁶ BALMAND, Pascal: «La renovación de la historia política»..., p. 263.

¹³⁷ Cfr. MARTÍNEZ MARTÍN, Jesús A. (dir.): *Historia de la edición en España, 1836-1936*, Madrid, Marcial Pons, 2001.

¹³⁸ Entre muchas muestras posibles, véase LLAMAZARES FERNÁNDEZ, Dionisio (ed.): *Estado y religión. Proceso de Secularización y Laicidad. Homenaje a Don Fernando de los Ríos*, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid, Boletín Oficial del Estado, 2001.

¹³⁹ Cfr. COUTROT, Aline: «Religion et politique», en RÉMOND, René (dir.): *Pour une histoire politique...*, pp. 287-314.

¹⁴⁰ RÉMOND, René: «Du politique»..., p. 381.

¹⁴¹ ANDERSON, Benedict: *Comunitats imaginades. Reflexions sobre l'origen i la propagació del nacionalisme*, Valencia, Editorial Afers/Universitat de València, 2005 (Edició revisada), pp. 27-37.

idea de que más que en la teoría política es en las actitudes inconscientes hacia la religión —o mejor, en la «comunidad religiosa» como sistema cultural— donde se encuentran buena parte de las raíces del nacionalismo. Lo que nos lleva a mencionar al Estado-nación como uno de los ejes de estudio de la historia política.

Aunque por otras causas, al Estado, institución emblemática por excelencia, también se le negó el lugar estelar que siempre tuvo entre los historiadores de la política, sin duda por haberse puesto al servicio de la clase dominante. Pero este denuesto, paralelo al de la vieja historia política, se ha transformado hoy en tema estrella de la historia política y punto de confluencia de un conjunto de estudios que tienen a las instituciones entre sus preferencias investigadoras. El Estado contemporáneo, ausente de la historiografía española¹⁴², ha vuelto a ocupar la atención de los historiadores que han abandonado la concepción estatista como categoría de análisis —separada de la Sociedad— desde la que se percibía la política, para ser visto ahora el Estado a la vez como problema y producto de una elaboración social¹⁴³. Desde este cambio de paradigma se le investiga como hacedor de nación, creador de modernidad o fomentador de derechos y libertades. Aunque la historia política de la educación ha abordado el estudio del Estado considerando estas últimas funciones, que suponen cuestiones controvertidas de las políticas educativas¹⁴⁴, sin embargo es sobre todo su función productora de nación y creadora de identidad la que ha concitado mayores esfuerzos investigadores fuera¹⁴⁵ y

¹⁴² CLAVERO, Bartolomé: «Debates historiográficos en la historia de las instituciones políticas», en SÁNCHEZ NISTAL, José María y otros: *Problemas actuales de la Historia...*, p. 209. Una de las causas del olvido del estudio del Estado, que puede «resultar muy perjudicial para el avance de las disciplinas históricas», ha sido el tirón de la historiografía local o regional (PRO RUIZ, Juan: «Sobre el ámbito territorial de los estudios de Historia», en BARROS, Carlos [ed.]: *Historia a debate...*, 1995, vol. III, pp. 62-63).

¹⁴³ SCHAUB, Jean-Frédéric: «L'histoire politique sans l'état...», p. 221.

¹⁴⁴ Por ejemplo, Diane RAVITCH y Maris VINOVSIS en *Learning from the Past: What History Teachers Us about School Reform*, Baltimore & London, 1995, analizan desde una perspectiva histórica problemas escolares norteamericanos relativos a la igualdad de oportunidades, multiculturalismo, abandono escolar, etc. Michel ÉLIARD (*El fin de la escuela*, Madrid, Grupo Unisón Producciones, 2002), hace lo propio, pero referido a Francia, abordando la igualdad de oportunidades, la escuela obligatoria, la democratización de la enseñanza, etc. El tema de la escolarización bajo la III República lo han estudiado Jean-Pierre BRIAND y Jean-Michel CHAPOULIE: «L'Institution scolaire, les familles, les collectivités locales, la politique de l'État. Le développement de la scolarisation sous la IIIe république», *Histoire de l'Éducation*, 66 (1995), pp. 15-46. La Conferencia anual de la Sociedad Británica de Historia de la Educación (Birmingham, 2000) abordó el tema «Reforming Lives? Progressivism, Leaderships and Educational Change» para estudiar desde una perspectiva histórica las reformas educativas y la igualdad social de oportunidades, cuyos resultados ha incorporado como tema monográfico el n.º 5 (2001) del *History of Education Journal*. Cuestiones actuales (libertad de enseñanza, libertad e integración...) con evidentes raíces históricas, las estudia desde una perspectiva histórico-educativa Charles G. GLENN en *El mito de la escuela pública*, Madrid, Encuentro, 2006. En alguna de estas cuestiones coincide el libro editado por Richard ALDRICH referido al mundo anglosajón, *Public or Private Education? Lessons from History*, Londres, Woburn Press, 2004. Desde otro ángulo de análisis Juan Manuel FERNÁNDEZ SORIA en *Estado y educación en la España contemporánea*, Madrid, Síntesis, 2002, narra también en clave histórica, algunos de los temas clave de la política educativa, como el de la libertad de enseñanza y el derecho a la educación, la intervención del Estado en la educación o su papel en la modernización social.

¹⁴⁵ Hace unos años, por ejemplo, *History of Education Journal* dedicó su número 3 correspondiente a 1999, al tema «Education and national identity», tema de la 1998 Conference of the History of Education Society of Great Britain.

dentro de España. Sería preciso otro espacio más amplio para glosar los muchos estudios acerca de un campo de estudio en auge desde hace años, la construcción de los sistemas educativos nacionales en general¹⁴⁶ y español en particular¹⁴⁷, y sobre los medios de los que se vale el Estado para ello, especialmente la enseñanza de la historia¹⁴⁸ y la política cultural emprendida o auspiciada por el Estado¹⁴⁹. Esa misma necesidad sentimos ante la imposibilidad de dar cuenta de los trabajos que hablan de nuevas identidades y nuevas naciones o de nuevas naciones que buscan identidad, porque ya se sabe que la educación siempre ha sido susceptible de ser convocada para crear nuevos imaginarios nacionalistas¹⁵⁰. De modo que es posible afirmar que la historia de las instituciones educativas, de manera especial la que tiene al Estado-nación y sus políticas como centro de sus indagaciones, está conociendo un renovado interés entre la comunidad de historiadores de la educación.

5. Para concluir

La renovación de la historia política, que se ha constituido en una de las manifestaciones más significativas del actual debate historiográfico, tiene su clave de bóveda en el cambio conceptual que disminuye la importancia de la política en favor de lo político, concepto este que, como vimos, no tenía fronteras. No podemos saber si a los padres de este giro conceptual les movió un compromiso tácito contra la neutralidad que defiende precisamente lo contrario, que no todo es político. Eso apenas interesa. Lo que realmente importa es que lo político se ve como «el modo en que una comunidad se reconoce como tal», lo que permite que «los

¹⁴⁶ Cfr. GREEN, Andy: *Education and State Formation. The Rise of Education Systems in England, France and the USA*, Londres, The MacMillan Press LTD, 1990. Partiendo tanto de las ideas como de las transformaciones políticas, sociales y económicas, y teniendo en cuenta las presiones de los movimientos sociales, Herminio BARREIRO y Aida TERRÓN han reconstruido la historia de la educación pública en Europa (*La institución escolar: una creación del Estado moderno*, Barcelona, Octaedro, 2005).

¹⁴⁷ No al servicio de la nación, sino al de los intereses oligárquicos es la deriva que conoce el sistema educativo liberal español en tesis que defiende Manuel DE PUELLES BENÍTEZ en su espléndido libro *Estado y educación en la España liberal (1800-1857). Un sistema educativo nacional frustrado*, Barcelona, Pomares, 2004.

¹⁴⁸ La relación sería inabarcable para este espacio; mencionaré, sin embargo, los libros de ASCENZI Anna: *Tra educazione etico-civile e costruzione dell'identità nazionale. L'insegnamento della storia nelle scuole italiane dell'Ottocento*, Milán, Vita e Pensiero, 2004; BOYD, Carolyn P.: *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*, Barcelona, Pomares-Corredor, 2000; CUESTA FERNÁNDEZ, Raimundo: *Sociogénesis de una disciplina escolar: la Historia*, Barcelona, Pomares-Corredor, 1997; PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio y otros: *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000, y DEL POZO ANDRÉS, M.^a del Mar: *Currículo e identidad nacional: regeneracionismos, nacionalismo y escuela pública, 1890-1939*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. *Histoire de l'Éducation* también dedicó el n. 86 del año 2000 al estudio de la enseñanza de la historia y su papel en la construcción y desarrollo de la identidad nacional en varios países europeos.

¹⁴⁹ La difusión de la cultura como instrumento de construcción de ciudadanía la aborda Sandie HOLGUÍN, en su libro *República de ciudadanos. Cultura e identidad nacional en la España republicana*, Barcelona, Crítica, 2003. Hay, sin duda, razones nacionales y nacionalistas para la creación de museos pictóricos o pedagógicos.

¹⁵⁰ NÓVOA, A.: «El passat de l'educació: la construcció de noves històries», *Temps d'Educació*, 15 (1996), pp. 267-268.

hombres se reconozcan unos a otros como partícipes de la coexistencia»¹⁵¹, actores de su destino y protagonistas en la causación histórica. Esto, lo hemos visto, convierte en sujetos históricos a los grandes personajes y a la gente corriente, tanto en su vida pública como privada, individual y colectiva, real e imaginaria. De ahí los nuevos enfoques que alimentan el territorio temático de la nueva historia política: la biografía renovada, la historia de la vida cotidiana, la memoria y la cultura política, vías de acceso al conocimiento histórico que confluyen en la historia política permitiéndole «explorar la profundidad social de la política, encontrar signos de vida política en ámbitos donde previamente no se pensaba que existieran»¹⁵². La nueva historia política es, de este modo, también historia social e historia cultural, un lugar donde confluyen la mayoría de las actividades sociales. Por eso es entendida y propuesta como ciencia-encuentro, ciencia-síntesis, ciencia-encrucijada, incluso como la respuesta a la tan deseada historia total. Ciertamente, son multitud sus potenciales objetos de estudio; a los ya mencionados, podrían añadirse otros muchos, como la historia de la familia, en cuanto célula de sociabilidad; la historia electoral y partidista —cuyo paralelo en el ámbito educativo es innegable—; la historia de las asociaciones políticas, que no sólo presionan sobre el poder y ayudan a estructurar la sociedad sino que también ayudan en la socialización política¹⁵³; la alfabetización y el uso de la escritura asociada al poder; la historia de la juventud, en la que, además de su interés asociativo, es posible observar los valores que sostienen a una sociedad, como señaló Marie-Madèle Compère¹⁵⁴; el estudio del derecho que, por su relación con los variados aspectos que rigen la vida de una sociedad, refleja el modelo social deseado, sanciona las infracciones contra él, modela mentalidades, refuerza las estructuras sociales, etc., lo que ha llevado a algunos a proponer su estudio como ejemplo de historia global¹⁵⁵, la ecohistoria, etc. No es necesario seguir. Pero es precisamente la amplitud de lo político lo que si bien ha permitido argumentar el renacimiento de la historia política, ha dado lugar a que se hable al mismo tiempo de su crisis de identidad. Michel Vovelle alertaba del riesgo de sustituir el «todo social» y económico de ayer, por el «todo político» de hoy, cambiando una hegemonía por otra¹⁵⁶, hegemonía que ya vimos rechaza René Rémond. En esta misma dirección es pertinente la reflexión que se hace Peter Burke: «Si la política está en todas partes, ¿qué necesidad hay de historia política?»¹⁵⁷. Indudablemente, la antropologización de la historia ha propiciado múltiples influencias en la historia política, siendo, quizá, la más provechosa la que procede del giro cultural que le ha permitido renovar conceptos como Estado, poder, nación, espacio público, mitos, símbolos políticos, etc. Y estudiar no sólo

¹⁵¹ HILB, Claudia: «Conceptos de lo político», en FRIGERIO, Graciela; POGGI, Margarita y GIANNONI, Mario (comps.): *Políticas, instituciones y actores en educación*, Buenos Aires, Ediciones Novedades Educativas, 2000 (2.ª ed.), p. 25.

¹⁵² GIL PUJOL, Xavier: «La historia política...», p. 196.

¹⁵³ Véase FERNÁNDEZ SORIA, Juan Manuel: *Educación, socialización y legitimación política. (España 1931-1970)*, Valencia, Editorial Tirant lo Blanch, 1998.

¹⁵⁴ *L'Histoire de l'Éducation en Europe...*, pp. 183-184.

¹⁵⁵ DE LOS ARCOS, M.ª Fernanda: «El ámbito de la nueva historia política...», pp. 54-55.

¹⁵⁶ VOVELLE, Michel: *La découverte de la politique. Géopolitique de la révolution française*, París, La Découverte, 1993, pp. 22 y 344.

¹⁵⁷ BURKE, Peter: «Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro», en BURKE, Peter (ed.): *Otras formas de hacer historia*, Madrid, Alianza, 1993, p. 12.

los comportamientos políticos, sino también las percepciones, las sensibilidades, las creencias, los fenómenos de transmisión de normas y valores, las representaciones del mundo del poder, un abanico temático que en opinión de Jaume Aurell «contribuye, paradójicamente, a despolitizar la historia política, sometiendo así la esfera política al universo cultural»¹⁵⁸. De hecho, en otro lugar nos preguntábamos si la historia política, ciencia pluridisciplinar y estructurante, completada con las aportaciones de la historia cultural —también ciencia interdisciplinar— podría ser un punto de partida, bajo el rótulo de «historia sociopolítica» o «historia politicocultural», hacia esa historia total que todavía aparece como utópica¹⁵⁹. En todo caso, y a pesar de las discusiones sobre el estatuto que esté llamada a tener la nueva historia política, lo que no se discute es el interés prioritario que se le ha concedido y que «tácitamente muchos la consideren la forma más segura para dar unidad a una historiografía de nuevo fragmentada y dispersa»¹⁶⁰. Y de esa pujanza se ha beneficiado la(s) historia(s) política(s) de la educación, cuya renovación es también evidente¹⁶¹.

¹⁵⁸ AURELL, Jaume: *La escritura de la memoria...*, pp. 165-168.

¹⁵⁹ FERNÁNDEZ SORIA, Juan Manuel: «La historia de la educación ante la segunda ilustración», en FERRAZ LORENZO, Manuel: *Repensar la historia de la educación. Nuevos desafíos, nuevas propuestas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005, p. 237. Pregunta que también se hacía Antònio NÓVOA, en «La nouvelle histoire américaine de l'éducation», *Histoire de l'Éducation*, 73 (1997), pp. 37-41.

¹⁶⁰ HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena: *Tendencias historiográficas...*, p. 434.

¹⁶¹ TIANA FERRER, Alejandro: «La historia de la educación en la actualidad: viejos y nuevos campos de estudio», en FERRAZ LORENZO, Manuel: *Repensar la historia de la educación...*, p. 121.